

# EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1870. — TOMO XXXV.

EDITORES-PROPIETARIOS: X. DE LASSALLE Y MÉLAN.  
Administracion general, passage Saulnier, número 4, en Paris.

AÑO 29. — N° 901.

## SUMARIO.

**La huelga del Creusot;** grabados. — **Literatura.** — **Estudios históricos.** — **Exposicion canina en los Campos Eliseos;** grabados. — **Revista de Paris.** — **Poesia:** Una página de viajes. — **El campo de batalla de Solferino;** grabados. — **El capitán Cook.** — **Adriano Brauer.** — **La cureña de báscula, sistema Moncriff;** grabados. — **La nueva estacion de invierno en el cabo de Antibes;** grabados. — **El Doctor Témmis,** novela original escrita por don José María Angel Galtan. — **Nuevas adquisiciones del Jardin de aclimatacion de Paris;** grabado.

## La huelga del Creusot.

No siempre es fácil tener noticias exactas de las disposiciones de los obreros del Creusot. Voy, sin embargo, á resumir los hechos que se han producido en la última semana.

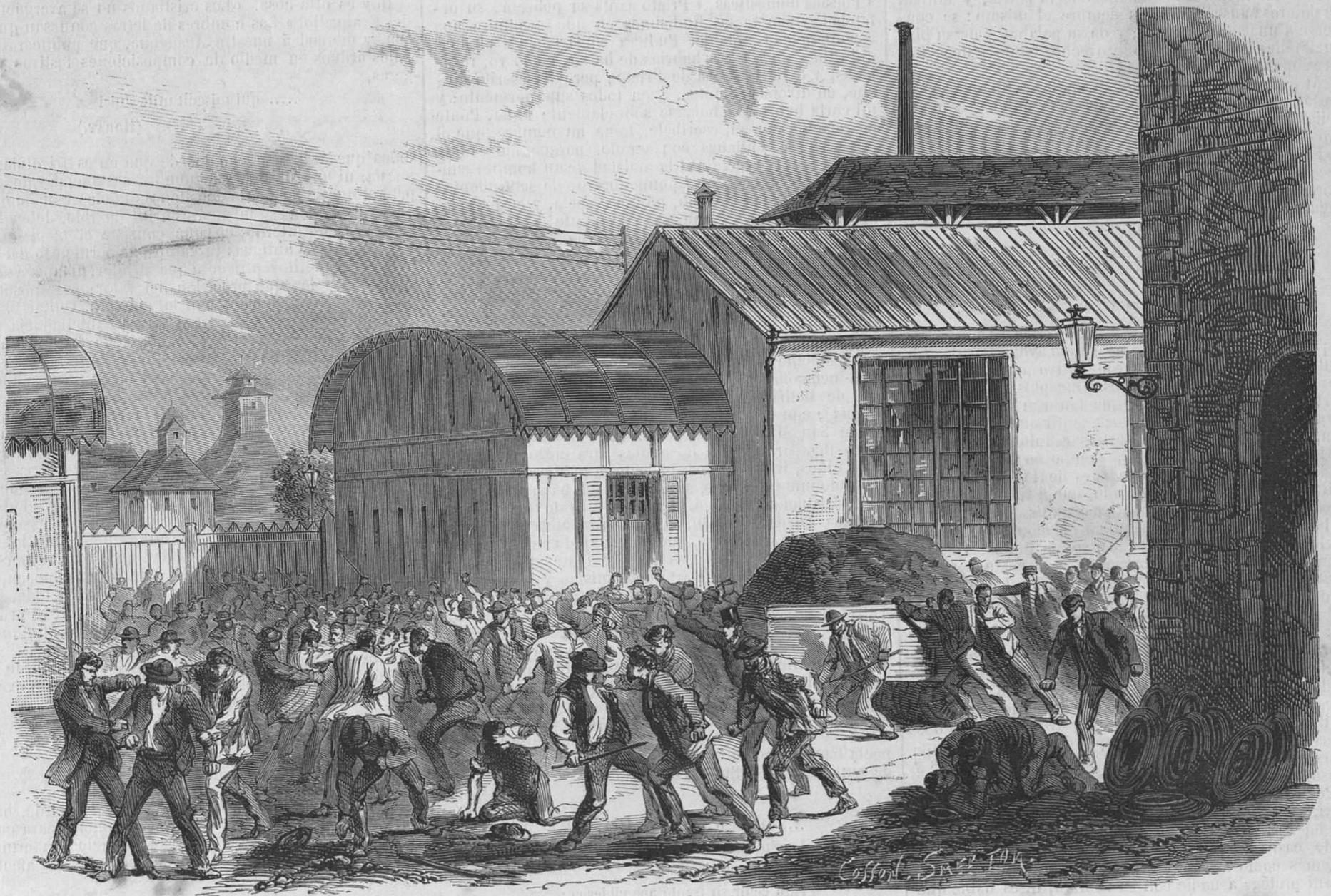
Sobre la falsa noticia de que se habia proclamado la república en Lyon, los mineros de los pozos de San Pedro y San Pablo, los dos que están mas cerca de la fábrica, abandonaron el trabajo en número de unos 200. Unos cincuenta de ellos se dirigieron al taller de ajus-

te, que dió la señal de la cesacion del trabajo hace unos dos meses, derribaron la puerta y penetraron gritando:

« *A la greve!* » Este grito no halla eco, y al cabo de un rato de alboroto, el reducido grupo de mineros se retira.

El subprefecto, que se encontraba allí, recibió en medio de la pelea un golpe que le hirió levemente.

Por la tarde la masa de mineros que habia abandonado el trabajo, toma el camino de Montchanin para determinar á los mineros de este pais á que se reúnan con ellos. Las tropas enviadas á aquella localidad por un tren especial, llegan á tiempo para entorpecer la accion de los



LA HUELGA DEL CREUSOT. — Los obreros de los talleres de ajuste rechazando á los que piden la huelga

bullangueros que huyen en todas direcciones. Los gendarmes prenden á varios de ellos.

Desde aquel dia se repiten las tentativas aisladas seguidas de prisiones.

El juez de instruccion de Autun está encargado del sumario, y 2,500 hombres de tropas se hallan acampados en la fábrica y en sus inmediaciones.

Assy, uno de los principales alborotadores, y contra el cual se ha dado un auto de prison, se esconde en el Creusot, donde se halla mas seguro que en cualquiera otra parte, pues tiene una corte de amigos que le guardan, y le avisan al menor asomo de peligro para su persona.

M. Schneider, desde su llegada al Creusot, ha desplegado una actividad extraordinaria. Se le ve en todas partes. Pero ¿logrará con su energía cortar el movimiento? Además, ¿se debe proceder por la energía? ¿No sería mejor que se hicieran concesiones razonables? Las dos huelgas que ha habido en el Creusot prueban que en el fondo de esa poblacion de trabajadores tan pacífica hasta hoy, existe un descontento que se resiste á todas las medidas tomadas, y que importa hacer desaparecer cuanto antes, tanto en interés del capital como en interés del trabajo.

F. R.

## Literatura.

### UNA BELLA CARTA.

Habiendo escrito el señor José Antonio Calcaño á un miembro de su familia, entre recuerdos afectuosos de amistad, de esos en que se revela el amor á la patria y el dolor de la ausencia, estos conceptos, con referencia á nuestro respetable amigo el señor doctor Larrazábal...

«Salúdame á Felipe, que echo menos su compañía, como la cual no he hallado ninguna; y dile que despues de mi familia, solo por él, y su piano, y su salita de la Limera, querría volver á Venezuela.»

El señor Larrazábal, con el estilo que le es peculiar, de tan bello colorido, de imágenes tan admirables, mitad pintoresco y festivo, mitad filosófico y serio; él que es sin duda un prosista de nota sin dejar de poseer todos los recursos de la inimitable poesía americana, le ha dirigido la siguiente carta al señor Calcaño, que hemos leído con la emoción y el entusiasmo que inspiran sus bellísimos conceptos.

¡Con cuánta facilidad vemos escribir sobre temas distintos y en diversos géneros al señor doctor Larrazábal! Ya describa, ya filosofe: ora narre, ora juegue con las frases donosas del idioma, en esos toques de buen tono con que despues de amargas impresiones se quiere refrescar los recuerdos agradables de la patria, y mitigar la dolorosa ausencia, él es siempre el mismo: se conserva á una misma altura; y de su palabra y de su pluma fáciles, sacamos tanto provecho, como dulces impresiones nos proporcionan.

Al leernos la carta que ha dirigido al amigo ausente, nosotros le suplicamos que hiciese al público el obsequio de su inmediata publicacion; y él accedió á nuestro deseo.

En la ruda batalla de nuestro vivir fatigante y entristecedor, es menester buscar algun solaz; creemos proporcionarlo á nuestra sociedad con la publicacion de la siguiente carta.

L. S.

SEÑOR JOSÉ A. CALCAÑO.

Caracas, enero 20 de 1870.

¡Qué placer tan puro bañó mi alma ayer, querido José Antonio! Tu hermano Eduardo, activo para toda buena obra, se dió prisa á leerme los conceptos de tu última carta, que se dirigen á mí y que tanto me favorecen. A larga distancia pude oír tu voz: sentir anchura de corazón, oyéndola: recordar nuestras reuniones artísticas: vivir un instante... yo que há tiempo no hago mas que andar vagueando por las soledades de la vida. Gracias mil por ese instante, amigo mio, que á tí lo debo; gracias, porque todo lo que nos hace sentir que existimos, todo lo que nos detiene, siquiera un momento, en esta vertiginosa carrera que nos acerca á la tumba, á la que vamos con alas, no solo corriendo, sino volando y desapareciendo, es de un precio inestimable. Tú has cumplido, sin pensarlo quizás, con el consejo que san Pablo daba, desde las cárceles de Roma, á sus amigos de Éfeso: *Renovamini autem spiritu mentis vestre*: «¡Renovaos en el espíritu de vuestra alma!...» Y esa renovación que el apóstol quería, y con la que tú has cumplido, es, sin duda, una fuerza regeneradora, un poder eficaz que, refrescando la memoria dulce de lo pasado, vivifica, y no permite que huya nuestro corazón de nosotros mismos, dejándonos, y apartándose, para derramarse en pensamientos nuevos, imposibles, extraños y acaso ajenos de perfeccion y conveniencia.

Por lo demás, amigo, en mí vanse agotando, hora por hora, los encantos de la vida. Las pocas flores que sembré en mi senda, se han marchitado. Mis amigos han caído, casi todos, segados por la muerte, y yo quedo en pie, mas como un tronco inútil en medio del desierto, que ni protege á nadie con su sombra, ni es dable que

se anime y rejuvenezca con la brisa. Recuerdo cuando era niño... ¡Eso fué ayer! Y ¡qué turbión de cosas ha pasado ante mis ojos! ¡Cómo he visto correr afanosamente á hundirse en la huesa á una generacion entera! Y entre discordia, y guerra, emigraciones, y luto, y llanto, y cruel necesidad hemos vivido. ¡Qué tormentosa vida! De donde yo saco en claro, que si Dios no cuenta los años malos sino los buenos, á nosotros no ha de contarnos nada; porque vano ha sido nuestro vivir, vano todo nuestro esfuerzo, mas vanos aun y engañosos nuestros contentamientos de un dia.

Despues de tu separacion para Liverpool, en 1867, yo hice un corto viaje á Méjico, adonde las insinuaciones de muchos amigos me llamaban y tambien mi propio deseo de conocer la antigua *Tenochtitlan* y los lagos de Chalco y de Tezcoco. Mucho te recordé allá; porque siendo amigo de Guillermo Prieto, el Píndaro de Méjico, hube de hablarle de nuestros poetas venezolanos y darle pruebas de lo bello y abundante de sus inspiraciones. Guillermo Prieto es un hombre de mi edad, jovial, conversable, de una imaginacion poderosa y de una fecundidad infinita. Yo no sé por qué se me figuraba á Lucrecio; tal vez por su entusiasmo y por el vigor de sus ideas; pues Prieto no es ateista, como aparentaba serlo el discípulo de Empedocles. Vive aquel pobre amigo con moderacion, no con holgura; y sus primeros años, dicen, los pasó entre orfandad y miseria, buscando el sustento que, aun en Méjico, cuando sopla el aquilon del infortunio, escasea, y parece que no ha de hallarse mas: tanto se esconde. Algo de ese recuerdo ingrato se halla en sus poesías; como se lee en las notas de Mozart la historia de sus dolores, de sus necesidades y de su abatimiento. En una composicion á «la Flor del Monte,» esa flor ignorada que pesarosa se inclina sobre el tallo flexible, y que extranjera entre espigas divaga ingrato su perfume el viento: esa flor cuyos matices y hermosura no pintan las aguas cristalinas ni aun le brindan amorosas su frescura; á esa flor compara Prieto su existencia, y dice:

Imágen de mi suerte,  
Como tú en desamparo y en tormento,  
Que amenazas de muerte  
Te son la luz y el viento  
Cuando á los otros seres dan contento.  
.....  
Como tú abandonado,  
Como tú en infortunio y aspereza,  
Y como tú ignorado,  
Aislamiento, tristeza,  
Hallo do quier que vuelvo la cabeza.

En su «Lágrima de dolor,» y, mas que nada, en sus «Poesías domésticas,» Prieto canta su pobreza, su orfandad, y son versos lindísimos en que se admira una espontaneidad notable. Pudiera copiarte aquí algunas quintillas, que tal vez habrias de hallar, como yo, regaladas, y te darian idea de Prieto; pero ha escrito mucho, en diversos géneros, y en todos superiormente; y mi carta habria de hacerse sobradamente larga. Pónte en relacion con él, escribele, toma mi nombre, que él recibirá esa confianza con agrado, porque me estima mucho, y á tí te será útil la amistad de un hombre eminente, muy americano, pundonoroso, de sentimientos nobles, pensador, filósofo, político, poeta, y en todo *independiente*. «C'est une ame charmante!»

Supongo que vivirás asombrado en Liverpool (*the principal sea-port of de British dominions*, como dicen allá muy orgullosos): lugar de la tierra donde se sabe de todas las subdivisiones del globo al mismo tiempo; Liverpool, que ahora doscientos años, no mas, era una aldea, y que hoy es capital de primer rango, con *mercado* que, sin duda, es el mas bello de la Europa; con iglesias como la de San Pablo, la de San Pedro con su torre octagonal y la admirable de San Jorge; con *casinos* de bellísimos salones de concierto (*Wellington rooms*); con liceos, teatros, ateneos, bolsa, mejor que la de San Marcos de Venecia, que sirvió de modelo; con asilos para pobres, hospitales para ciegos, escuelas para niños, instituciones de lectura pública, museos y cien monumentos mas, sin olvidar los baños del Mersey, ni aquel inmenso é ingenioso aparato para filtrar el agua salada, que allí, se encuentra sucia ó cenagosa... Como te considero, pues, asombrado en Liverpool, voy á hablarte de otra cosa que á mí me gusta mas y me enajena. Quiero hablarte de tí mismo y de tus nuevos triunfos, que son tambien glorias insignes para la patria comun.

Hemos sabido que enviaste á Madrid una oda para el certámen poético que celebraron allá con ocasion del Concilio Vaticano; y que esa oda tuya obtuvo el primer premio. Sin duda el jurado no pudo saber á quién premiaba; pero yo, si hubiera sabido que tú concurrías, te habria predicho parte del laurel. ¿Qué inspiracion es como la tuya, tan grata, apacible y deleitosa? ¿Qué poeta hace versos mas fáciles y armoniosos, mas llenos de sentimiento? — Si feliz es aquel

..... á quien las sacras musas  
La cuna remecieron,  
Y lauro peregrino  
Para ceñir su frente apercibieron;

¿Quién mas dichoso que tú, querido José Antonio, cuyas obras alcanzan, en todos tiempos, el favor de los inteligentes? — Y aun posees otra dicha cumplida y envidiable, á saber: que te es dado revelar al mundo el nombre de tu patria.

Antes de que en Madrid se tuviese el certámen mencionado, celebramos aquí uno, el 28 de octubre, siendo el laureado tu amigo y el mejor de tus alumnos, Heraclio Guardia. El tema que la Academia de Bellas Letras propuso fué: *La Libertad del Viejo Mundo*.

Tomaron parte en el certámen muchos vates, y la Academia produjo y sigue produciendo, á mi juicio, grandes ventajas. Entre otras, una de sería consecuencia. Diré cuál es.

Como tú sabes, en tratándose aquí de cosas que, de algun modo, se rozan con la poesía y la literatura en general, no hay como escaparse de la censura de superficialidad y de poner la atencion en quehaceres inútiles, en la sustancia frívolos y en el fondo totalmente infructuosos; desmereciendo fenómeno inexplicable! por aquello mismo que mas debiera hablar en favor: *por el talento*. Una vez recuerdo que recomendaba á cierto jóven muy ilustrado en el Despacho de Relaciones Exteriores, y lo rechazaron por *poeta*. Otra ocasion, ví un bello trabajo literario en manos de un abogado, y como le instase porque lo publicase, me respondió:

— No me vendrán mas causas y me moriré de hambre. Me tendrán por literato.

¡Como si los estudios serios estuviesen reñidos con la amena literatura! ¡Como si los mas célebres poetas ingleses Milton, Cowley, Gay, Somerville, Swift, Warton, Akenside, Coleridge y muchos otros no hubiesen sido al mismo tiempo los mas aptos para desempeñar puestos de importancia en su patria! ¡Como si los versos hubieran impedido á Monti ser canónigo, á Melendez ser fiscal del crimen, á Jovellanos ser hombre de Estado, á Goethe ser consejero, á Gallego ser político, á Quintana ser historiador, á Fray Luis de Leon ser teólogo, á Ercilla ser capitán, á Rioja inquisidor, á Heredia magistrado, á Martínez de la Rosa ministro y diplomático, á Esquilache virey!... El miedo que aquella injusta calificacion ingerta en los espíritus débiles y espantadizos trascendió á tal punto, que los mismos hombres de letras no querian que por tales los tuviesen; y no fué tan rara, como dice la Escritura, la comunicacion de Dios á los hombres en el tiempo de Heló y principios de Samuel, como llegó á serlo aquí una seccion literaria y útil, aun entre los que vivimos de las letras. Siendo lo mas deplorable de todo, que aun las personas que por su carácter y sus talentos debieran excitar, promover y apadrinar el uso de estas materias, eran los primeros que se oponian con no sé qué pretextos de circunspeccion, ajenos por extremo de la verdad y nada dignos de la literatura. Con lo éual los poetas y literatos andaban desalentados y llenos de susto, y la poesía, como quien dice, á sombra de tejado. Todo el campo fué para la *política*.

Hoy es otra cosa. «Los cristianos no se avergüenzan del Evangelio.» Los hombres de letras confiesan que lo son, y merced á nuestra Academia, que publicará trabajos áridos en medio de composiciones festivas y ligeras,

..... qui miscuit utile dulci

(HORAT.)

todos quedarán convencidos de que no es frivolidad la poesía, ni que deja de ser hombre sustancial y de respeto el que se ocupa de cuestiones amenas y de adorno, que exigen, por eso mismo, espíritu flexible, delicado y cierto sentido interno, en que consiste el *buen gusto*. Las Repúblicas antiguas juzgaron por pernicioso dar reputacion y mérito á otra cosa que al valor, ni fama á otras cosas que á las que proceden del valor; pero nosotros no debemos convenirnos con tal ejemplo. Quitar el lugar de la primacia á la virtud y á la inteligencia por darle á lo material, sería culpable; á la fortuna en la guerra, de donde nacen el predominio de la fuerza y de la arbitrariedad, sería afrentoso. Viven en nuestra época muchas envidias, pocas estimaciones. La presuncion está de pié; la arrogancia bien hallada con la insuficiencia... Por eso es preciso trabajar mucho en instruir y levantar el espíritu. Por eso, es preciso multiplicar los institutos de enseñanza, las academias, los liceos. Por eso, es preciso mantener la literatura, porque ella comprende la inspiracion del poeta, el genio de la historia y el desenvolvimiento intelectual de los que cultivan las ciencias. ¿Y cuál será nuestra literatura, amigo, sino la expresion dolorosa de una sociedad que se agita por la incertidumbre, entre un pasado, que pocos conocen, y un porvenir que ninguno divisa todavía? Así y todo, debemos aspirar á conservarla; que si desaparece, es prueba de que en realidad *no hay porvenir, no hay mañana*.

Ya ves qué carta tan larga, amado José Antonio, te he escrito. Debía darte mis parabienes y no era justo excusarlos, ni ofrecerlos en miniatura.

A la fin c'est trop de silence

En si beau sujet de parler.

Estos versos de Malherbe al duque de Bellegarde, habrias podido hallarlos buenos y muy propicios para culpar mi silencio. Pero no dejo á tu servicio esa arma, porque ninguna has de hallar á tiempo contra el afecto invariable y fervoroso de tu amigo

FELIPE LARRAZABAL.

## Estudios históricos.

EL REINADO DE DON ALFONSO EL SABIO.

(Continuacion.)

No debía contribuir menos eficazmente á la unidad el establecerse como una institucion la reunion del reino en asambleas con asistencia de los preladados ricos-hombres, maestros de las Ordenes y hombres buenos de las ciudades y villas grandes á la muerte del monarca, para afirmar su lugar tomando luego por rey aquel que debe heredar el reino por derecho que viene de su linaje y poner é asosegar con el rey nuevo los negocios del reino. Llamadas así las Córtes al reconocimiento del sucesor en la corona, eran poderoso elemento para que no se fomentaran divisiones respecto á la sucesion y sustituan la pacifica deliberacion y la certidumbre del derecho al estrépito, incertidumbre y calamidades de las luchas civiles. Desde entonces todos los reyes han querido robustecer su gobierno por el reconocimiento de las Córtes, y hasta tal punto, que aun en los tiempos en que esta institucion habia perdido toda su importancia política, se conservaba como necesaria para el reconocimiento de los príncipes de Asturias. Y es que los mismos que hieren de muerte las grandes instituciones, quieren aparentar que las respetan.

Mas lo que principalmente procuró Don Alfonso, como medio de llegar á la unidad apetecida, fué que unas mismas leyes rigieran en los pueblos que la Providencia habia puesto bajo su cetro. Todos sus actos como monarca atestiguan los continuados esfuerzos que hizo en este sentido.

Los que se afanan en presentar á Don Alfonso como á un monarca que, viviendo en un mundo ideal y entregado á abstracciones, se olvidaba de su época y que no calculaba los elementos de resistencia que se habian de oponer á la ejecucion de las leyes que meditaba en su profundo saber, no tienen en cuenta la circunspeccion y prudencia con que procedió en su empresa. No hiere las instituciones profundamente arraigadas, no lucha directa y abiertamente con las preocupaciones, no se pone frente á frente de la anarquía representada, ya por los magnates, ya por los encontrados intereses de los municipios, ya por la desigual condicion de las personas. Forma el *Espéculo*, pero es porque ha reunido á los arzobispos, obispos, ricos-hombres y á las personas mas instruidas en el derecho, y de acuerdo con ellos elegido lo mas útil de los fueros, lo mas conveniente á los pueblos que gobierna, lo que no puede encontrar obstáculos para su realizacion cumplida. Y cuando prosiguiendo en su empresa termina el *Fuero Real* no se empeña en darlo por ley general á todos sus súbditos: lejos de esto transige con las opiniones dominantes, y siguiendo el lento y tortuoso camino adoptado por sus antecesores lo concede como fuero municipal á algunas poblaciones (1) y así sucesivamente se va extendiendo por los concejos de Castilla, si bien sufre despues las vicisitudes que aquella época llevaba consigo siempre que se trataba de introducir regularidad y concierto en el Estado. Que esta prudente transaccion entre lo antiguo y lo nuevo fué la política de Don Alfonso, lo demuestra el haber concedido, aun despues de formado el *Fuero Real*, otros á diferentes pueblos y comarcas (2).

¿Y en semejante situacion qué suerte podia haber á la obra monumental de las *Partidas*, á este código que anulaba todos los juicios pronunciados por fazañas (3)? Triste situacion la del Rey Sabio: gran monarca, legislador por excelencia tuvo la fatalidad de no poder sobreponerse á época tan anárquica y calamitosa: una nobleza altanera, un hijo desnaturalizado, fueron obstáculo á la realizacion de sus proyectos. No publicó las *Partidas* como ley; pero el gran código quedó escrito, y esto bastaba, porque la causa de la civilizacion no podia retroceder ante la barbarie, porque la luz habia disipado las tinieblas y á despecho de los esfuerzos incesantes de los que fundaban en los antiguos abusos su prepotencia, habia de extenderse por todas partes. Los jurisconsultos se aprovecharon de las lecciones del libro que es una de nuestras mayores glorias nacionales; los tribunales aceptaron en gran parte sus preceptos como

si tuvieran la sancion legislativa; las fazañas, los alverdríos y los usos desaguisados fueron mirados como la legislacion de un pueblo bárbaro que desconoce la dignidad y hasta los nobles instintos de la naturaleza humana; los Fueros Municipales tan imperfectos, tan diminutos, tan insuficientes para atender cumplidamente á las multiplicadas necesidades de la práctica, fueron perdiendo de dia en dia su importancia, y la obra que no recibió la sancion legal concluyó por dominar en la opinion, y ser, ya que no el derecho escrito, el gran libro doctrinal adonde los legisladores, los tribunales y todos los hombres de la ciencia iban á buscar sus inspiraciones. ¿Qué importaba que no fuera ley si regia en Castilla como si lo fuese? Cuando ochenta años despues de la terminacion de las *Partidas*, les dió Don Alfonso XI fuerza, si bien en menor grado que á las leyes del *Ordenamiento de Alcalá* y de los *Fueros* en la parte en que eran guardados, no hizo mas que elevar á derecho escrito lo que la costumbre ya habia autorizado.

Así se verificó la unidad de leyes en Castilla, unidad que no perdió su importancia, porque en determinados territorios prevalecieron algunas, muy pocas leyes, de carácter municipal. Esta transaccion entre los antiguos y los nuevos intereses es indispensable siempre, si el legislador no quiere destruir con sus mismas manos la obra que edifica, si no quiere crear resistencias triunfadoras. El tiempo en su marcha progresiva termina la unidad, y concluye por borrar los vestigios de las diferencias antiguas, ó al menos por preparar al legislador el camino de hacerlas desaparecer por completo. Y en prueba de ello ¿qué ha quedado en Castilla de los Fueros Municipales? ¿Qué obstáculo presentan hoy sus insignificantes vestigios á que una misma ley rija los destinos de todos?

Mas no se limitó la influencia de las *Partidas* á los pueblos que gobernó el Rey Sabio. Mayor fué naturalmente en los que dominados por los infieles se agregaron despues á la corona de Castilla, y en los vastos dominios de Africa, de Asia y de América, á que nuestros antepasados llevaron la luz del Evangelio y los beneficios de la civilizacion, porque en ellos la gran obra de Don Alfonso no hubo de compartir su autoridad con los Fueros Municipales. Y si los pueblos que componian las coronas de Aragon y de Navarra no hubieran tenido al tiempo de su incorporacion una legislacion secular y propia, sin duda alguna no tendríamos que lamentar aun hoy la distancia que separa en derechos á pueblos que la naturaleza ha unido con tan estrechos vínculos fraternales. Pero aun á ellos ha alcanzado el influjo saludable de las *Partidas*, pues que las reputan como ley para suplir la insuficiencia y el desuso de sus antiguas instituciones (4).

Y dignas son las *Partidas* de este homenaje, porque mas que obra legal son un gran libro de la ciencia del derecho que empezando por enseñar al legislador el arte sublime de dirigir á las naciones, fija todas las relaciones sociales, descendiendo hasta los mas minuciosos pormenores de la vida civil. Es verdad que en ellos domina el espíritu de las leyes romanas; pero no es nuestro siglo el que puede echar en cara al legislador de la edad media que acudiese al pueblo Rey para apurar los tesoros de sabiduría que los jurisconsultos clásicos habian aglomerado y formulado en preceptos prácticos, porque todos los pueblos modernos en su manía de codificar han seguido el ejemplo de Don Alfonso, y proclamando que el derecho romano es la moral práctica, la razon escrita, han dado á la ciencia el mismo tributo que seis siglos antes le rindiera el monarca de Castilla. Tampoco podian hacer este cargo á Don Alfonso sus contemporáneos, porque en toda la Europa dominaba el derecho romano, porque en todas partes era considerado como la mas genuina expresion de la ciencia, porque se elevaba por do quiera al lado del derecho escrito para completarlo, para modificarlo y para hacerlo entrar en condiciones aceptables. Lo que hizo Don Alfonso en el siglo XIII es lo que en los tiempos modernos han hecho tantos monarcas arrastrados por el espíritu de codificacion, y obedeciendo á necesidades que un genio superior adivinó en las tinieblas de la edad media y que quiso entonces satisfacer. ¡Ah! Si me fuera lícito en esta ocasion entrar en el exámen comparativo de las *Partidas* con los demás códigos del siglo en que vivimos, dominados todos por el espíritu romano, y tan escasos de originalidad que frecuentemente parecen vaciados en el mismo molde, el severo culto de la verdad, no el amor á la patria me haria presentar en proporciones colosales al legislador de Castilla, y mas aun poniendo en parangon aquella edad con el presente siglo.

Cometió errores sin duda: ¿para qué ocultarlo? Pudo y debió dar en su Código cabida á instituciones, que ó derivadas de leyes antiguas ó admitidas en muchos fueros municipales, tenían cierto carácter de universalidad: en este terreno pueden combatir su obra los partidarios de la escuela histórica, que sostienen que el derecho de un país se forma sucesiva y gradualmente, que es la imagen de la sociedad, que refleja sus costumbres, sus tradiciones y hasta las preocupaciones de la época, y que el legislador nunca debe adelantarse á las necesidades, sino seguir con paso lento y mesurado las vicisitudes sociales, ya para continuar el impulso progresivo del derecho, ya para modificarlo y encaminarlo de modo que satisfaga á las nuevas exigencias. Los partidarios de las diferentes escuelas filosóficas difícilmente pueden

hacer este argumento sin ponerse en abierta contradiccion con los sistemas á que están afiliados.

Para bien, sin embargo del pueblo castellano, no resultaron de las *Partidas* los inconvenientes que hubieran sido de temer, si el Sabio Rey las hubiera puesto en ejecucion subordinando á ellas todos los fueros, porque cuando por la costumbre primero, y despues por la ley adquirieron fuerza obligatoria, quedaron subsistentes á su lado todas las instituciones que merecian ser respetadas, y de que habia prescindido el legislador en el calor de sus abstracciones.

El carácter científico que tomó entonces el derecho, produjo otro bien de incalculables ventajas. Se necesitaron mayor ilustracion, mas profundos conocimientos y el estudio del derecho para administrar justicia. La nobleza consagrada al arte de la guerra, y comprometida en continuas y empeñadas luchas, no tenia ni aficion ni espacio para dedicarse á las pacíficas tareas del conocimiento de las leyes: la justicia llegó á no poder ser administrada por ella; así la toga reemplazó en gran parte á la espada en la gobernacion del Estado, y los pueblos encontraron en los letrados otra proteccion que la que antes obtenian de los poderosos.

Este cambio fué ventajoso tambien á la autoridad real, porque los jueces letrados, adquiriendo cada vez mas importancia y crédito, interesados á favor de los reyes á quienes debian su encumbramiento, y poco satisfechos de la alta nobleza, que los miraba con desden, procuraban siempre rebajar el poder de los señores y aumentar las prerogativas de los reyes. En las leyes romanas, que eran su estudio favorito, en los textos bíblicos buscaron sus argumentos para robustecer el principio monárquico: no repararon en que el derecho romano, aunque admitido en sus principios civiles, no lo estaba así en la Constitucion del Estado; no se fijaron en el diferente modo de ser del pueblo de Dios y de las nuevas monarquías: exageraron sin duda, pero hicieron con sus exageraciones el gran servicio de enseñar á los reyes el camino de emancipar su autoridad de las exigencias de los grandes y de extirpar los desórdenes de la anarquía feudal; empresa lenta, pero que con la perseverancia de los letrados y con el interés de los reyes, no podia menos de llegar al término apetecido.

Menos beneficiosa al país han reputado algunos la influencia en que las relaciones de la Iglesia con el Estado han tenido las *Partidas*. Comun es en nuestros dias considerar á Don Alfonso como al rey que dió carta de naturaleza en Castilla y propagó en España las doctrinas ultramontanas respecto á la potestad eclesiástica, como para hacer contraste con la calumnia de impío con que quiso la ignorancia de su siglo infamar á un príncipe modelo de piedad y engrandecedor de la Iglesia (4). Un célebre escritor, cuyo nombre está inscripto con gloria en los anales de la Academia, nombre á que gustoso rindo el homenaje de respeto y de admiracion que con justicia le corresponde, sobresale entre los que han presentado la obra inmortal del gran rey, como trastornadora de la disciplina de la Iglesia española, y como espoliadora de las prerogativas de la potestad temporal. La superioridad de los talentos del ilustre académico, su vastísima erudicion, la popularidad de sus obras, y los muchos y preciosos documentos que contienen, fueron motivos para que esta opinion se hiciera general, y para que viniera á pasar como incontrovertible lo que habia escrito el doctísimo Marina.

(Se continuará.)

## Exposicion canina en los Campos Elíseos

El perro se considera á justo titulo como el mas fiel, por no decir el único amigo del hombre; y aunque á ciertos puristas les parezca que es sobrada su mansedumbre cuando llega á lamer la mano que le ha dado el golpe, preciso es reconocer que por su inteligencia, su fidelidad y demás cualidades, es en muchas ocasiones el mas precioso de los animales domésticos.

Por esta razon se debía pensar formalmente en mejorar ciertas razas, y uno de los medios era sin duda el de las exposiciones; pero habia de ser con la condicion de que comprendieran un número suficiente de individuos bien elegidos en cada raza, que los animales se agruparan metódicamente para facilitar las comparaciones, y que se establecieran concursos para las diferentes obras que pueden hacer los perros ó para que mostraran las cualidades que los distinguen.

Las exposiciones caninas son de fecha reciente: tambien este año se nota en el reducido número de individuos que representan á cada raza y en el escaso interés que ofrecen muchos de ellos. Pero á medida que tomer incremento estas exhibiciones, el jurado será mas severo en las admisiones, los programas serán mas completos, mas exigentes, y seguramente darán resultados útiles.

Bajo estas reservas tenemos, sin embargo, que señalar algunos animales interesantes.

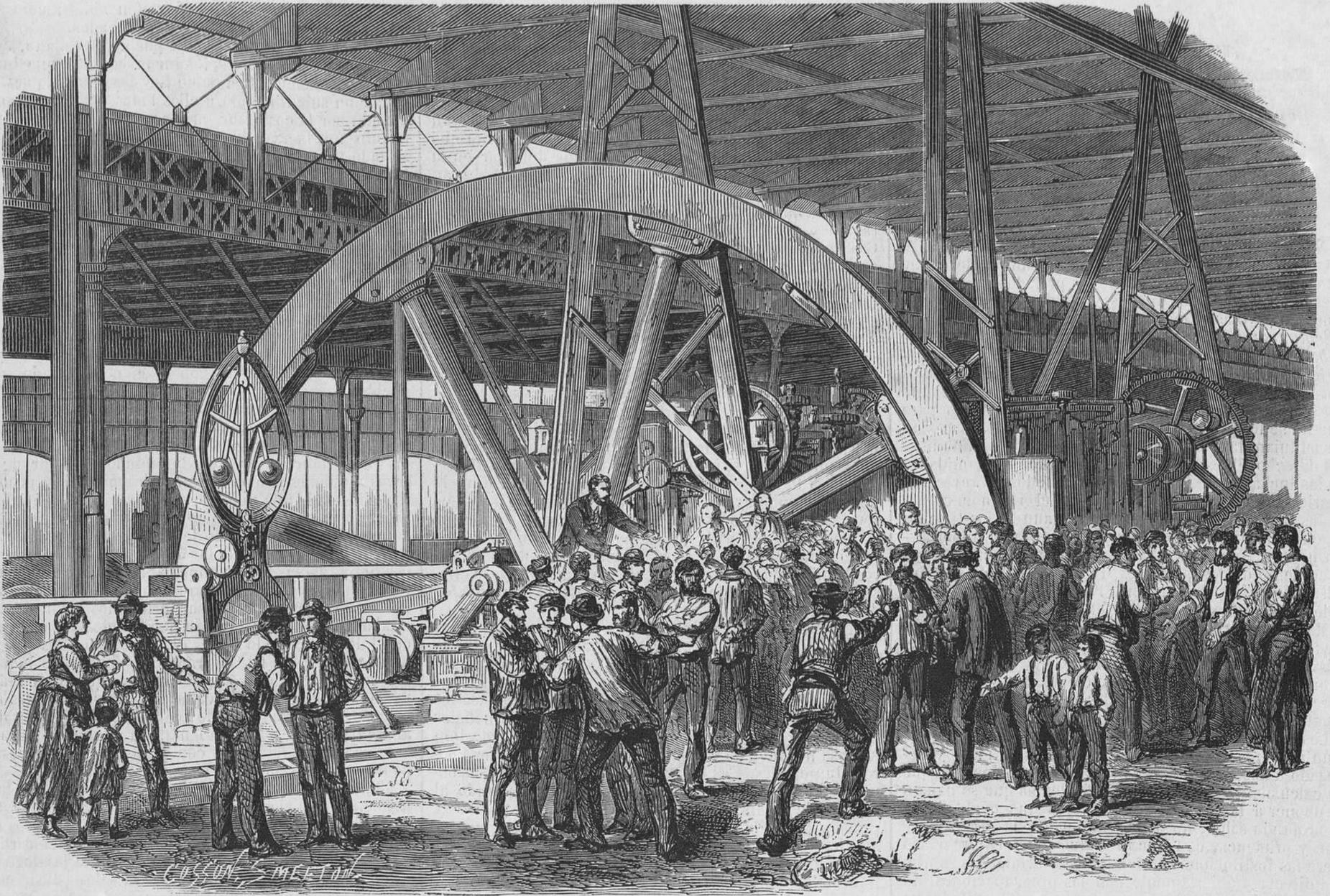
(1) Don Alfonso era químico y astrónomo, y los que en los siglos medios cultivaron estas ciencias, fueron mirados con prevencion por el vulgo, frecuentemente perseguidos, y aun infamada la memoria de algunos.

(1) A Aguilar de Campó, Sahagun, y Cabezon en 1255, á Soria, Alarcon, Burgos y Trujillo en 1256, á Talavera en 1257, á Avila en 1259, á Escalona en 1261, á Madrid y Plasencia en 1262, á Niebla en 1263, á Requena y á los concejos de Estremadura en 1264, á Valladolid en 1265 y á Vitoria en 1271; si bien á esta ciudad se lo dió modificado, como hizo tambien con otros pueblos.

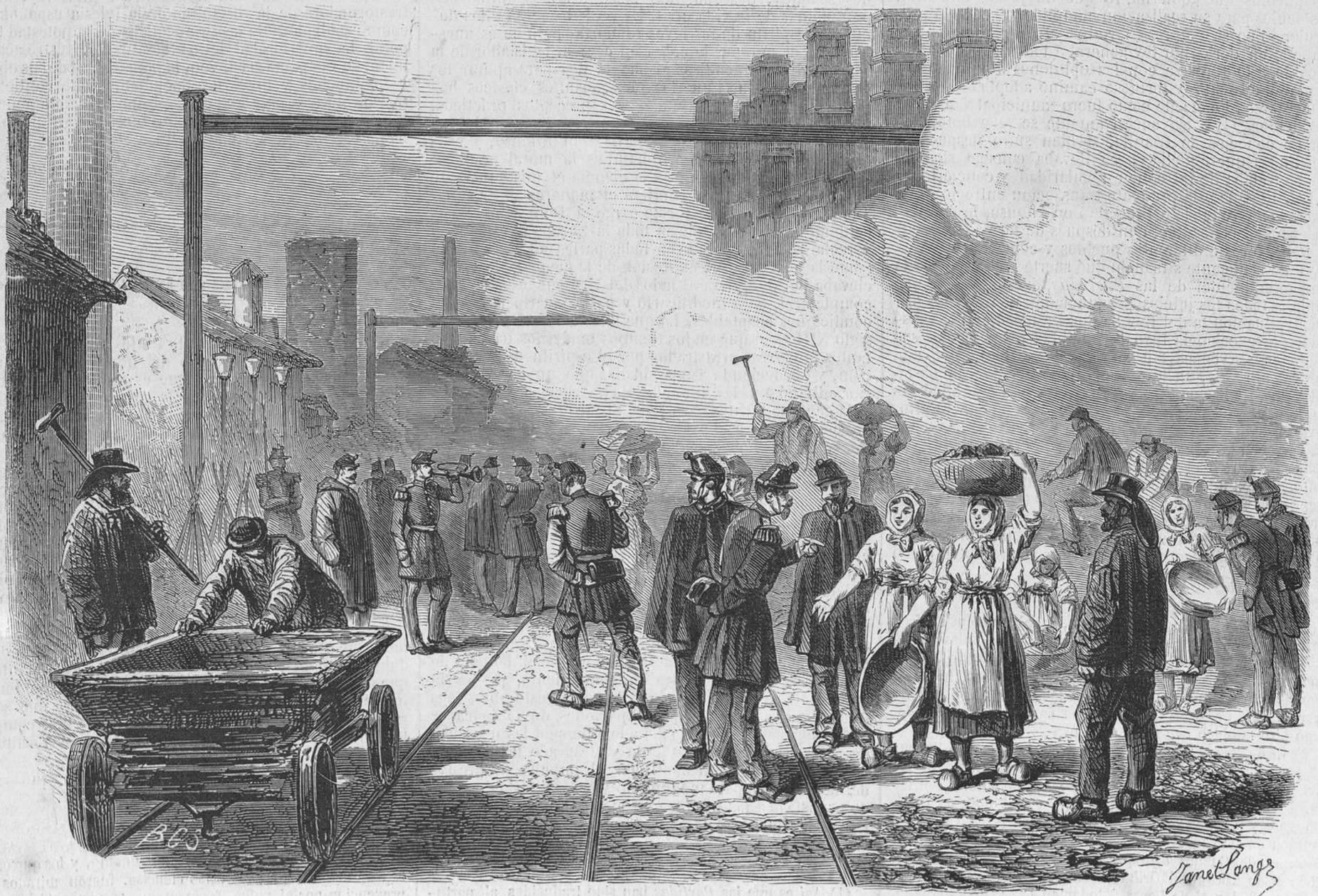
(2) El de Benavente á Ortiguera en 1255, á Lena, Huerna y Pajares en 1266, y á Luarca, Castillo de Salas, Siero, Villaviciosa y Puente de Hume en 1270: el de Vitoria á Briónes, á Santa Cruz de Campezu, á Orduña y á Tolosa en 1256, á Vergara y á Villafranca en 1268, á Arciniega en 1272, y á Armiñon en 1274: el de Jerez á Arcos de la Frontera en 1256: el de Cuenca á Requena en 1257 y á Almansa en 1265: el de Alicante á Orihuela en 1270: el de Córdoba á Lorca en 1271 y el de Lorca á Jodar en 1272.

(3) Ley 14, tit. XXII, Part. III.

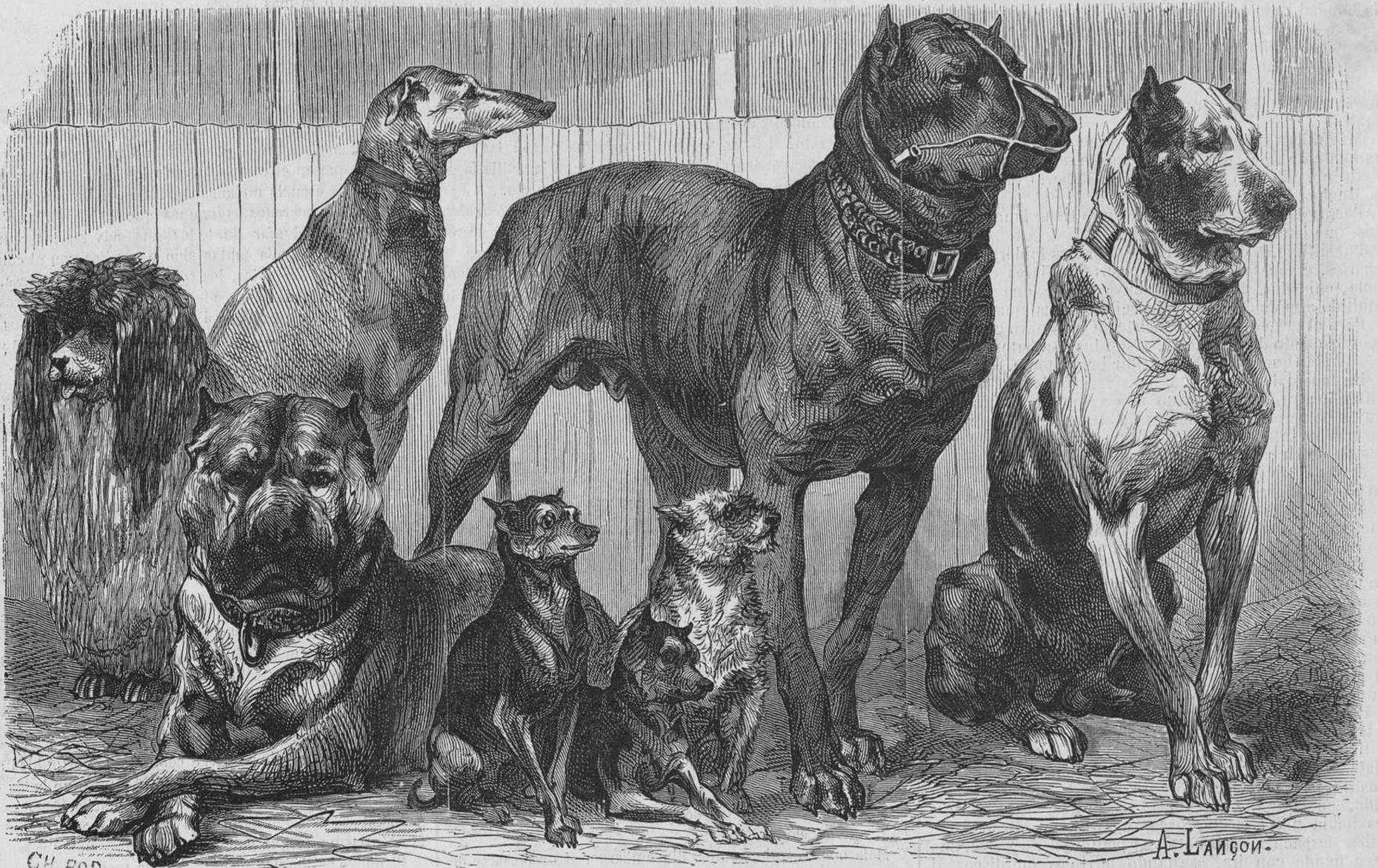
(1) Así es que las *Partidas* han sido traducidas al portugués y al catalán.



LA HUELGA DEL CREUSOT. — Un conciliábulo de obreros el día de la paga.



La huelga del Creusot. — Ocupacion del establecimiento por la fuerza armada.



CH. ROD. Perro de aguas. Dogo de Burdeos Galgo leonado. Zarcero inglés. Zarcero escocés. Cazador de hombres. Dogo danés.

PARIS. — Exposition canina.



La Exposition canina. — Combate entre perros y ratas.

En primer lugar habia hermosos perros de Terranova: la bondad unida á la fuerza;

Algunos perros de pastor, incansables auxiliares y con frecuencia defensores de sus amos;

Un perro dinamarqués muy abultado;

Una numerosa reunion de perros de caza ingleses, franceses y rusos, entre los cuales habia varios muy notables;

Magníficos galgos, uno inglés, que quizás no es enteramente de raza pura, y un persa de lana muy sedosa;

Un notabilísimo *bull-dog* de M. Roberto Bull;

Muchos *bull-terriers*;

Perros de aguas, de los cuales uno tiene lanas tan largas, que le cubren enteramente.

Por último, toda una série de perrillos falderos: king charles, escoceses, habaneros, esos familiares del gabinete, cuidados, mimados, y cuya suave lana sirve de mullido almohadon á los piececitos de sus amas.

Pero el gran atractivo consiste en un nuevo género de *sport* copiado de Inglaterra, y son los combates de perros y ratas que vamos á describir brevemente.

En medio de un pabellon con varias filas de asientos en anfiteatro, han dispuesto una arena (en inglés *pit*), cuyas barreras, de un metro de altura, están revestidas de espejos interiormente para que todos los espectadores puedan ver las peripecias de la lucha.

Arrojan á la arena un número de ratas igual al peso en libras del perro que debe entrar en combate, segun los convenios y la fuerza del animal, y á una señal dada sueltan el perro. Los mejores son naturalmente los que en menos tiempo hacen mas víctimas.

Entonces comienza entre los combatientes una escena de carnicería que quizás dejaria una impresion penosa, si no se recordaran los daños que causan las ratas, y si no se interesase uno por el perro. Las ratas corren por la arena, se acumulan en los ángulos, se precipitan á lo largo de los espejos buscando una salida, en tanto que el perro, que está bien enseñado, á cada salto se apodera de una víctima y la mata de una dentellada.

Hemos visto á un perro de cinco libras y media matar seis ratas en nueve segundos

Habia un perrillo escocés que habria excitado en Inglaterra el mayor entusiasmo. Grueso como los dos puños (no pesa tres libras), pero dotado de un valor intrépido, tenia que luchar contra varias ratas, entre las cuales habia una enorme, mas gruesa que él. Despues de haber despachado á las otras se planta frente á esta, que se defiende con ira, asestando terribles mordiscos al perrillo, que comienza á perder sangre. Entonces este vacila un momento, se repliega sobre sí mismo, con el ojo inmóvil y espiando el momento favorable, y luego de repente, aprovechando una distraccion de la rata, se arroja á ella con la agilidad de un tigre y acaba con ella hundiéndola sus agudas uñas por detrás de la cabeza.

C. P.

### Revista de Paris.

Otra fiesta académica hemos tenido en la última semana. Ya no repetiremos que todos los miembros de la Academia francesa se hallaban presentes y que no habia un puesto vacante en todas las gradas del anfiteatro destinadas al público, pues es cosa sabida. Nunca estas solemnidades pierden su interés, sea dicho en loor de la cultura de la poblacion parisiense. El nuevo académico era M. de Haussonville que, siguiendo la costumbre, debia contarnos la vida y hechos de su predecesor M. Viennet. Aun cuando no fuera mas que por oír referir la historia del distinguido poeta difunto, el autor de aquellas fábulas tan intencionadas y maliciosas que durante tantos años fueron la conclusion de todas las grandes reuniones del Instituto, estaria justificado el interés que en los círculos literarios habia excitado la ceremonia del juéves último.

Con efecto, la larga existencia de M. Viennet (nació el 18 de noviembre de 1777), ha tenido por campo una época bien fecunda en acontecimientos de toda especie. Ellos hicieron que se cambiara la vocacion del futuro poeta. Bajo el antiguo régimen M. Viennet habria pertenecido al estado eclesiástico; con la revolucion principió por vestir el uniforme antes de componer versos.

¡Qué tiempos tan agitados aquellos en que pasó su infancia el difunto académico! Su padre era miembro de la Convencion y del comité de la guerra, y refiere M. de Haussonville que su amigo M. Viennet le ha contado repetidas veces con orgullo una anécdota digna de notarse.

Habiase distinguido entre sus colegas porque no queria atribuirse el derecho de condenar á Luis XVI.

La víspera de la famosa votacion, los diputados del departamento del Herault, que eran nueve, se habian reunido en casa de M. Viennet, y todos á la vez juraron que votarian contra la muerte.

Pero aquella misma noche enviaron á cada uno de los miembros de la reunion un billete concebido en los términos siguientes:

« Si no das muerte al tirano, morirás tú. »

En la sesion del otro dia, cuatro de los colegas de M. Viennet llamados á votar antes que él, habian violado ya su juramento.

— Solo las almas cobardes retroceden ante semejantes amenazas, dijo M. Viennet enseñando su boletín abierto.

Y subiendo á la tribuna votó solemnemente contra la muerte.

¡Cosa singular! Su ejemplo influyó en los cuatro diputados de su departamento que aun no habian votado, porque el valor tambien es contagioso.

Entre tanto, el jóven Viennet entusiasmado con las nuevas ideas abandonaba el colegio y entraba en la artillería de marina. Su primera campaña no fué feliz por cierto.

El 21 de abril de 1797 se embarcó en el navío el *Hércules*, que así que salió del puerto se vió acosado por dos cruceros ingleses.

Gracias á la oscuridad de la noche, los buques enemigos pudieron descargar muy de cerca, y antes de haber podido hacer un solo disparo, las piezas francesas se hallaban ya fuera de servicio.

No habia, sin embargo, mas remedio que batirse, y efectivamente, se batieron con valor cuerpo á cuerpo, al arma blanca.

De repente el fuego se declaró á bordo.

— ¿Sabes nadar, ciudadano? pregunta un marino á Viennet.

— No.

— Pues tanto mejor para tí, porque así te ahogará mas pronto.

No se ahogó; pero cayó prisionero y pasó siete meses en los pontones de Plymouth, componiendo versos. Construyó un teatro á bordo de su cárcel militar, y las señoras de Plymouth aplaudieron sus primeras producciones.

M. Viennet fué puesto en libertad, vino á Francia y continuó ocupando poéticamente sus ocios, lo mismo en las guarniciones que en las campañas.

Dos manuscritos le acompañaban siempre, eran sus dos tragedias *Alejandro* y *Clodoveo*.

Esta última era su caballo de batalla.

A fines de marzo de 1812 leyó su manuscrito á los socios del Teatro Francés, y aunque los primeros versos excitaron un grande entusiasmo, el final los dejó frios y la pieza fué aprobada con la condicion de que se habian de hacer en ella ciertas correcciones.

Mala noche pasó el autor. Sin embargo, al despertarse en la mañana siguiente concibe un nuevo plan para los últimos actos, escribe los primeros versos, corre á casa de Talma, explica su plan, revisa sus versos y Talma aprueba por completo su nueva idea.

Pero á todo esto llega el mes de abril y es preciso ponerse en marcha: ¿Cómo pedir licencia para concluir su tragedia?

Sin embargo, la pide, la obtiene, al cabo de cinco dias habia concluido sus dos actos, y *Clodoveo* triunfaba en el areópago del Teatro Francés.

Este episodio literario de la vida de M. Viennet es por demás curioso.

No está concluido aun, como vamos á ver siguiendo la relacion de M. de Haussonville.

M. Viennet habia copiado la tragedia en un cuaderno que se cosió entre el forro de su uniforme, y marchó adonde le llamaban sus deberes.

Combatió valerosamente en Lutzen y fué condecorado en Bautzen por mano del emperador; pero esto no es del caso: ahora vamos á ver cómo á veces es útil, hasta en la guerra, haber compuesto una tragedia en cinco actos.

« En la desastrosa jornada de Leipsik, dice M. de Haussonville, cuando nuestros desdichados cuerpos de ejército se buscan inútilmente sin poder juntarse, M. Viennet recibe un balazo en el pecho, que infaliblemente le habria dado muerte si, por fortuna, no hubiese pegado justo en medio del cuaderno que llevaba bajo su uniforme. Yo he tenido en mis manos el precioso manuscrito, y he visto la señal de la bala en su cubierta un poco gruesa, sobre la cual ha producido una especie de abolladura que se ve repetida en todas las hojas. Representada algunos años despues en el Teatro Francés, la tragedia de *Clodoveo* alcanzó un gran triunfo, y de este modo reúne á sus méritos clásicos el de haber salvado á su autor. »

No seguiremos á M. de Haussonville en la larga narracion de los diversos incidentes políticos en cuya virtud M. Viennet llegó á verse reducido á la necesidad de vivir del trabajo de su pluma. Hombre de una dignidad á toda prueba, no se doblegó ante ningun gobierno y fué siempre un modelo de rectitud, independencia y energía.

Lo que mas nos interesa aqui es el escritor: dejemos pues, al hombre político.

M. Viennet se encontró mezclado en aquella célebre batalla de los clásicos y los románticos que tanto conmovió á Paris por los años de 1830.

¡Con qué ardor entró en el combate contra aquellos innovadores, contra aquellos adversarios acérrimos de las puras tradiciones clásicas, de las tres famosas unidades!

En efecto, M. Viennet no se contentó con romper lanzas en favor del Olimpo, sino que tomó tambien la ofensiva. Lo mas reñido de la accion era en el escenario del Teatro Francés, y á fin de neutralizar los inmensos triunfos de *Marion Delorme* y de *Ernani*, ofreció sucesivamente á la empresa, *Alejandro*, *Aquiles*, *Sigismundo de Borgoña*, *Placidia* y los *Peruanos*.

Pero su obra mas famosa fué *Argobasto*.

Dejemos la palabra á M. de Haussonville, que refiere con toda exactitud esta singular historia:

« Cuando se ejecutó *Argobasto* en el Teatro Francés á fines de 1841, M. Viennet habia abandonado los bancos de la Cámara de diputados, y hacia dos años que ya era miembro de la Cámara de los pares. Los hombres de opiniones avanzadas estaban contra él por envidia á su reciente elevacion, en tanto que en el campo literario los frenéticos campeones de la nueva escuela no habian olvidado, ni mucho menos, los numerosos y acerados epigramas que habia dirigido á sus poetas. Para triunfar de todos sus adversarios reunidos, M. Viennet no podia contar sino á medias con el concurso de sus aliados naturales, los socios del Teatro Francés, pues justamente se hallaba en pleito con ellos, y la representacion de *Argobasto* se debia á una sentencia judicial.

» Llegada la noche decisiva, y algunas horas antes de levantarse el telon, una carta anónima aconsejaba á M. Viennet que retirase su pieza, al mismo tiempo que le anunciaban oficiosamente que habian organizado una cábala contra su tragedia. Intrépido como un héroe, el autor prefirió correr los azares del combate, y como su héroe tambien, salió vencido. « Estaba yo entonces loco de dolor, escribe M. Viennet en el prefacio que veinte años despues añadió á su obra, no me atrevia á presentarme; envíe mi dimision de presidente de la comision dramática. Mis amigos pretenden que tambien queria hacer dimision de mi dignidad de par de Francia y de miembro de la Academia: no me acuerdo; pero es bien posible. »

Lo cierto es que la herida fué profunda. Durante muchos años se apartó de la arena literaria, hasta que por fin, despues de la revolucion de 1848, que puso fin á su carrera política, publicó varias sátiras y una coleccion de fábulas que pueden pasar por apólogos epigramáticos. Era su contestacion á las burlas de que habia sido objeto.

El éxito de sus fábulas fué muy grande.

M. de Haussonville recuerda con mucha oportunidad aquella lectura que hizo en la Academia, á punto que habia cumplido ya los ochenta años: ya lo hemos dicho, cada una de sus fábulas era celebrada por la ilustre corporacion con todo el entusiasmo de que puede sentirse capaz una Academia

El nuevo académico resume de esta manera su largo y detenido estudio:

« Considerada en su conjunto, la existencia que acabo de trazar no fué por cierto una existencia desgraciada. Nacido en vísperas de las mas formidables catástrofes, M. Viennet se ha visto mezclado por necesidad, y tambien por gusto, en todas las agitaciones políticas de su siglo. Nunca vaciló en tomar, quizás algo mas que su parte, en las controversias literarias de su época. Los prefacios que ha añadido á sus obras rebosan de aquellas quejas que no cesó de exhalar contra la dureza de la suerte, contra la injusticia de sus contemporáneos. Pero ¡admiremos su felicidad! De todos aquellos adversarios que provocó multitud de veces, de quienes habló públicamente, ora encolerizado, ora con tristeza, regularmente con ironía, pero siempre con una gracia natural, no le ha sido dado á M. Viennet encontrar ya uno solo á su frente en los dias de su vejez, y el gran batallador ha muerto, no solo rodeado de la estimacion pública, sino en plena posesion del favor universal. »

Así es en efecto. Las luchas se han acabado hace ya mucho tiempo; los dos ejércitos, que antes combatian sin tregua y sin piedad, forman hoy uno solo, tienen las mismas armas, la misma bandera. Era muy natural: el público abandonó á los combatientes, y lo que ahora les pide, es una sola cosa, á saber: que le interesen y le agraden, sea empleando las antiguas reglas, sea siguiendo los preceptos de la nueva escuela.

M. Saint-Marc Girardin era el encargado de contestar al discurso de M. de Haussonville, y lo hizo con el talento y la gracia que caracterizan las obras todas que salen de su pluma.

¡Qué delicioso principio cuando dice que M. Viennet hizo muy bien en vivir tanto tiempo, y esperar á que su fama, oscurecida un instante en la agitacion de las luchas literarias, volviese á aparecer por el efecto del mérito propio, y justificara la confianza que nunca llegó á perder en sí mismo!

Pero no le seguiremos en su estudio sobre el poeta académico que, aunque menos completo que el que acabamos de analizar, no es menos exacto, interesante y profundo, para llegar cuanto antes á la parte de su escrito en que habla de M. de Haussonville.

Muchas son las obras á que ha pasado revista. M. de Haussonville era un diplomático, tuvo asiento en las Cámaras, y se entregó enteramente á la vida política; pero las revoluciones cortaron su carrera, y entonces se dedicó á trabajos históricos que, desde hace veinte años, han llamado sobre su autor la atencion de la Academia francesa.

M. Saint-Marc Girardin señala en el historiador las felices cualidades de un talento excepcional: la narracion clara, fácil y elegante, el cuidado de consultar antecedentes, el arte de no decir sino lo mas preciso para que resalten la luz, la verdad y la justicia.

La obra principal es una historia de la Iglesia romana y del primer imperio, de 1800 á 1814, obra que, por la importancia del asunto, por la gravedad y novedad de las revelaciones, dice M. Saint-Marc Girardin, ha sido uno de los

acontecimientos de nuestra época. El orador termina su discurso diciendo :

« Deseaba felicitaros á nombre de la Academia por vuestra fidelidad á las grandes leyes morales de la historia, á las que siguieron los maestros de la antigüedad y siguen los maestros contemporáneos, esto es : el amor á la verdad, el horror á la mentira, el desden por los fallos de la fortuna y el respeto á la conciencia humana. »

En boca de un juez tan competente estas palabras tienen una fuerza y una autoridad que constituyen una nueva consagración del talento que todos reconocen al nuevo académico.

Poco espacio nos queda ya para nuestro ojeada á los teatros parisienses. Verdad es que lo que tenemos que decir esta semana no exige mucho puesto : el éxito de *Dalila* se confirma en el Teatro Francés, al paso que la *Fernanda* de Victorien Sardou continúa haciendo furor en el Gimnasio. Las grandes actualidades son estas dos piezas.

En cuanto á los teatros líricos, las últimas funciones de la Patti todo lo oscurecen. Cada una de ellas es una gran fiesta. Después de la *Linda* se dió el *Barbero* y luego la *Traviata*, siempre con igual éxito. En la última que cantó el sábado estuvo inimitable. Aquella célebre cantante, la Picolomini que, según los italianos, ha sido la mas brillante personificación de la heroína de Verdi, habría tenido mucho que aprender si hubiese asistido á la función del sábado. ¡ Con qué inteligencia de la situación dijo el aria que termina el primer acto ! Aquel amor que se despierta súbitamente en un corazón que se ignora, aquel temor que invade su alma ante una pasión naciente ; luego la reacción instantánea, el triunfo de su voluntad contra sus sentimientos, de su voluntad que quiere buscar siempre nuevas impresiones, nuevos placeres, todos estos contrastes tan violentos la Patti supo expresarlos con maestría, quizás también con una emoción que no habíamos observado otras veces. Es verdad que su voz ha ganado mucho en los puntos graves, sin haber perdido nada de su pureza en los agudos. Hoy es verdaderamente una artista en toda la fuerza de la palabra. Así la admiración del público no tiene límites, y aun aquellos que hasta hoy solo habían aplaudido la agilidad de su voz incomparable, convienen ahora en que merece algo mas que aquellas alabanzas.

Dícese que además de la *Figlia del Regimento*, que no ha ejecutado nunca en París, cantará en *Otelo*. De antemano podemos asegurar, sin temor de equivocarnos, que en ambas partituras le esperan grandes triunfos.

MARIANO URRABIETA.

## Poesía.

### UNA PÁGINA DE VIAJES.

AL SEÑOR DON JOSÉ SANTOS RODRIGUEZ, CONSUL DE CHILE

EN ROMA.

Eran de estío los ardientes días  
Cuando de Italia á la gentil comarca  
Llevé mis pasos : entusiasta, lleno  
De admiración profunda por los bellos  
Monumentos magníficos del arte,  
¡ Cuánto gozaba al acercarme á ellos !  
¡ Cuánto gozaba ! ¡ Oh, cómo reverente  
Palpitó el corazón cuando á lo lejos  
Ví elevarse la cúpula eminente  
Que levanta en su espalda el Vaticano,  
Dorada por los últimos reflejos  
Que lanzaba al morir el sol poniente !

¡ Qué hermosa noche fué cuando, oh Venecia,  
Sobre tus negras góndolas cruzaba  
Por vez primera tus canales tibios  
Sin brisa y sin rumor ! ¡ Iluminada  
Por los trémulos rayos de la luna,  
Fantástica ilusión me parecías :  
Con tu grata quietud y tus palacios,  
Tus pórticos de mármol, tus canales,  
Tus templos solitarios ! Aun resuenan,  
Como un eco dulcísimo en mi oído,  
Al arrullo nocturno de tus olas  
Tus bellas y sentidas barcarolas.

¡ Milan, Florencia, Nápoles !... ¡ Oh hermosos,  
Delicados recuerdos de la Italia,  
Vivos estais en la memoria mía !  
¡ Florencia que halagó mi fantasía  
Con sus bellas estatuas y los nombres  
De Dante y Miguel Angel ! — ¡ Pero Roma,  
Roma, la augusta capital cristiana,

Qué hermosa es ! ¡ Se aduerme al ronco arrullo  
Del poético Tiber, bajo un cielo  
Purísimo y azul : de mil recuerdos  
Llenas están sus plazas y sus calles,  
Sus columnas, sus pórticos, sus arcos,  
Su nombre, en fin ; su nombre que en la historia  
Deja un rastro de luz de inmensa gloria !  
¡ Ví todo cuanto guarda en su recinto  
La santa capital : las galerías  
Riquísimas, el noble Capitolio,  
Las sagradas Basílicas, San Pedro !...  
¡ San Pedro, la estupenda maravilla,  
Brillante inspiración del cristianismo,  
Donde en raptó sublime el arte brilla !  
Todo era grande allí : mi mente estaba  
Cansada de admirar, todo excitaba  
Mi asombro en tanto grado, que mezquina  
Mi alma encontré para apurar los goces  
Que le ofreciera la ciudad divina.

Una de aquellas tardes que solía  
Vagar por las ruinas solitarias  
Que la circundan, dirigí mis pasos  
Al Coliseo. Inmenso y triste campo  
Era para mis vagos pensamientos  
Tan augusto lugar. Me encontré solo,  
Solo yo, en su recinto : hondo silencio  
Reinaba en él, la claridad del día  
En brazos del crepúsculo moría ;  
Y á través de los rotos murallones  
La luna trasparente se veía  
Naciendo al horizonte. Entre las ruinas,  
Como lámpara mística en un sepulcro,  
¡ Qué dulce y melancólica brillaba !  
A la luz de su rayo moribundo  
Y al pié de una columna derruida,  
Yo traje á la memoria mis recuerdos ;  
Y acaso alguna lágrima, arrancada  
A mi íntima impresión, sentí quemando  
Mis pálidas mejillas. Sombra, nada,  
Me dije, es hoy esa nación soberbia  
Que oprimía á la tierra : solo queda  
De su inmenso poder como memoria  
Escombros mudos, míseros despojos,  
Lúgubres restos de eclipsada gloria.  
¿ Dónde están esos genios que rindieron  
El mundo ? ¿ Dónde el pueblo que aclamaba  
Al fuerte atleta vencedor del circo  
Y en la sangre del hombre se embriagaba ?  
¿ Dónde, dónde verdugos y tiranos ?  
Pasaron ¡ ay ! cual humo que disipa  
Violento vendabal ; pasó con ellos  
Su impío poder, su gloria ! ¡ De sepulcros,  
No ya de emperadores de la tierra,  
Es patria hoy día la difunta Roma !

¡ Giro en torno mis ojos, y no encuentro  
Del Coliseo en la desierta plaza  
Sino ruinas y escombros ! Poderoso  
Vencedor de Israel, ¿ es este el circo  
Que un pueblo uncido á tu triunfante carro,  
Cargado de quebranto y de ignominia,  
Elevó á su soberbia ? Y estos arcos  
Rendidos por el peso de los siglos,  
¿ Los mismos son que tu pujante brazo  
Del polvo levantó, cuando temblando  
Atónito á tu pompa, y de rodillas  
Te rindió el mundo embrutecido aplauso  
De torpe adulación ? ¡ Cuán presto pasan  
Los aplausos del mundo ! ¡ Así pasaron,  
Madre sangrienta de sangrientos hijos,  
Tu orgullosa grandeza y tu alta hazaña !  
¡ Oh, cuánto enseña el tiempo y cuánto daña !  
¡ Aun oír me parecen los clamores  
De la plebe servil que aclama al César,  
Con el nombre de Dios hiriendo el viento ;  
Aun creo, entre los largos corredores  
Mirar la multitud atropellarse  
Para gozar con ansia el espectáculo  
De atroces luchas de hombres y de fieras !

¡ De cristianos, tal vez ! ¡ Oh ! ¡ Cuántas veces  
La sangre de los mártires de Cristo  
Tiñó en brillante púrpura esta arena !  
¡ Cuántas víctimas ¡ ay ! del cielo unguidas  
En sublime holocausto se inmolaron,  
Al trono del Señor sobre este sitio !  
¡ A las fieras feroces del desierto  
Sin espanto su cuerpo abandonaron ;

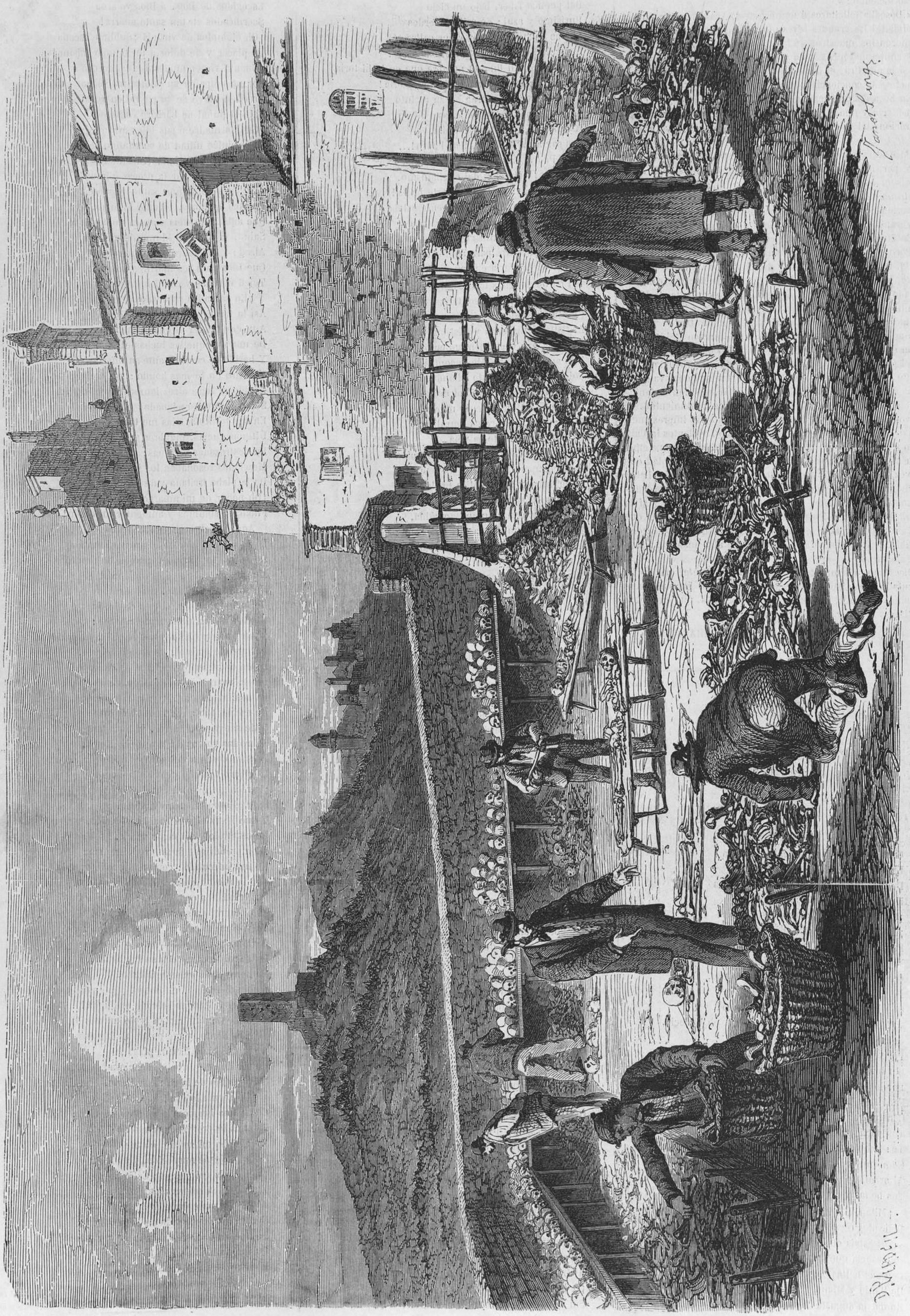
Y rotas las cadenas de la tierra,  
Escogidos de Dios, á Dios volaron  
Sacrificados en tan santa guerra !  
¡ Oh ejemplos de virtud ! ¡ Sublime escena  
De placer y de dolor á un tiempo mismo !  
¡ Cuánta vírgen modesta y candorosa  
Por no empañar su púdica inocencia,  
Trocó la nieve de su cuello en rosa  
Bajo el puñal de bárbaro asesino !  
¡ Cuánta madre á sus hijos arrancada  
En la dulce mitad de su camino !  
¡ Cuánta belleza tímida, insultada  
De chusma vil por la procaz mirada !  
¡ Vírgenes del Señor, santos pastores,  
Fuertes ancianos, jóvenes bizarros,  
Que aquí rendisteis vuestra noble vida,  
Salud, salud ! ¡ El himno de victoria  
Alzad ; y del laurel resplandeciente  
Que Dios para los mártires prepara,  
Tejed coronas y ceñid la frente !

¡ En sagrados recuerdos embebido,  
Así la tarde huía : ante mis ojos  
Aun creía tener el cuadro horrible  
De una de aquellas luchas execrables ;  
Y herido el corazón ante su imagen,  
Yo sentí en lo mas hondo : ver creía  
Rápido al tigre atroz lanzarse hambriento  
Sobre la presa resignada ; el viento  
En sus trémulas alas me traía  
Últimas quejas, lúgubres gemidos  
De destrozadas víctimas ; mas lejos  
Mezclados resonaban los bramidos  
De la plebe irritada y de las fieras !  
¡ Oh poder de mi amargo desconsuelo :  
Fingirme sombras y aumentar mi duelo !

Aquí llegaba mi alma fatigada  
Lejos del mundo, en el arcano hundida,  
De honda meditación, cuando de pronto  
Me sacó de mis sueños melancólicos  
Un murmullo lejano. Era el ruido  
Del pueblo que en el alto Capitolio  
Celebraba una fiesta aquella tarde :  
¡ Qué fiesta y qué recuerdo ! ¡ El centenario  
Del grande apóstol, sucesor de Cristo,  
Sobre el imperio espiritual del mundo !  
Presto aparté de mi dolor profundo  
La sombra funeral. Vuelta la página  
De escena tanta de angustioso luto  
Y de sangriento horror, ví levantarse  
Sobre las ruinas de la antigua Roma,  
Impuro corazón del paganismo,  
El lábaro triunfal del cristianismo !  
¡ Parecióme que un ángel misterioso  
Sobre Roma cristiana vigilaba,  
Y que á sus piés el ángel maldecido,  
Desesperado y sin cesar gemía.  
¡ Comprendí que la sangre derramada  
No fué infecunda : comprendí cuán grande  
Fué la misión que en el martirio santo  
Los cristianos cumplieron ; y cuán bello  
Es el laurel de su brillante triunfo !  
Volví á mí mismo al punto que la luna  
Derramaba su pálido destello  
Sobre mi frente y con su luz bañaba  
De lleno el imponente Coliseo.  
¡ Qué sublime era entonces ! ¡ Qué solemnes  
Su augusta paz, su soledad profunda !  
De ardiente admiración brotó en mis ojos  
Plácido llanto, y me postré de hinojos  
A alzar al cielo férvida plegaria  
En medio de la noche silenciosa  
Y en medio de la ruina solitaria.

¡ Yo recuerdo esa tarde del estío  
Como una hermosa página en mi vida :  
Pues os la prometí, cuando de Roma  
Me alejaba mi suerte, oh amigo mio,  
Cumplido desde muy lejos, y os la envío !  
¡ Si volveis del augusto Coliseo  
A visitar las ruinas algun día,  
Al pié de sus columnas destrozadas,  
Con la luz moribunda de la tarde,  
Dadme un recuerdo á la memoria mía :  
Que yo también y con placer bendigo  
El nombre grato del ausente amigo !

CÁRLOS WALKER MARTINEZ.



Exhumacion de los esqueletos de los soldados muertos en la batalla de Solferino. — La capilla de San Pietro.

Janet Lang

Th. Ag. No.

**El campo de batalla**

DE SOLFERINO.

Milan 20 de marzo de 1870.

Acabo de hacer una expedición que me ha dejado tristes recuerdos. Si todo el que se entusiasma en Francia y en Italia al nombre de Solferino hubiese podido acompañarme en mi expedición ¡cuántas reflexiones habría hecho sobre la nada de este mundo al ver los dos inmensos osarios de San Martino y Solferino, en donde el sepulturero reúne en montones los huesos de franceses, italianos y austriacos!

Procederemos por orden en este relato.

Dos miembros del parlamento italiano, el marqués Torelli, senador del reino, y el señor Cavriani, diputado, han tenido hace algunos meses la generosa idea de hacer exhumar y reunir los huesos esparcidos en los campos de batalla de Solferino y de San Martino, á fin de ponerlos al abrigo de toda profanación en capillas construidas sobre esos dos campos de batalla. ¿No era triste, casi podría decirse vergonzoso, el pensar que el aldeano de la Lombardía como el labrador de Virgilio encontraba todavía con su arado los despojos de los que murieron por la libertad de la Italia?

Inmediatamente se formó un comité bajo la inspiración de los dos representantes, y muy luego se recogió el producto de una suscripción que se elevó á la suma de 42,000 francos. Entonces aumentaron el programa. El comité quiere adquirir el collado en donde se elevan la torre y la iglesia de Solferino á fin de conservarlas en el estado en que se encon-

traban el día de la batalla; pero desea sobre todo rodear las dos capillas que ha mandado construir en Solferino y en San Martino de terrenos dispuestos de modo que se puedan erigir en ellos los monumentos que quieran levantar el Estado ó las familias.

La Italia cumple así con un deber piadoso que aplaude todo el mundo.

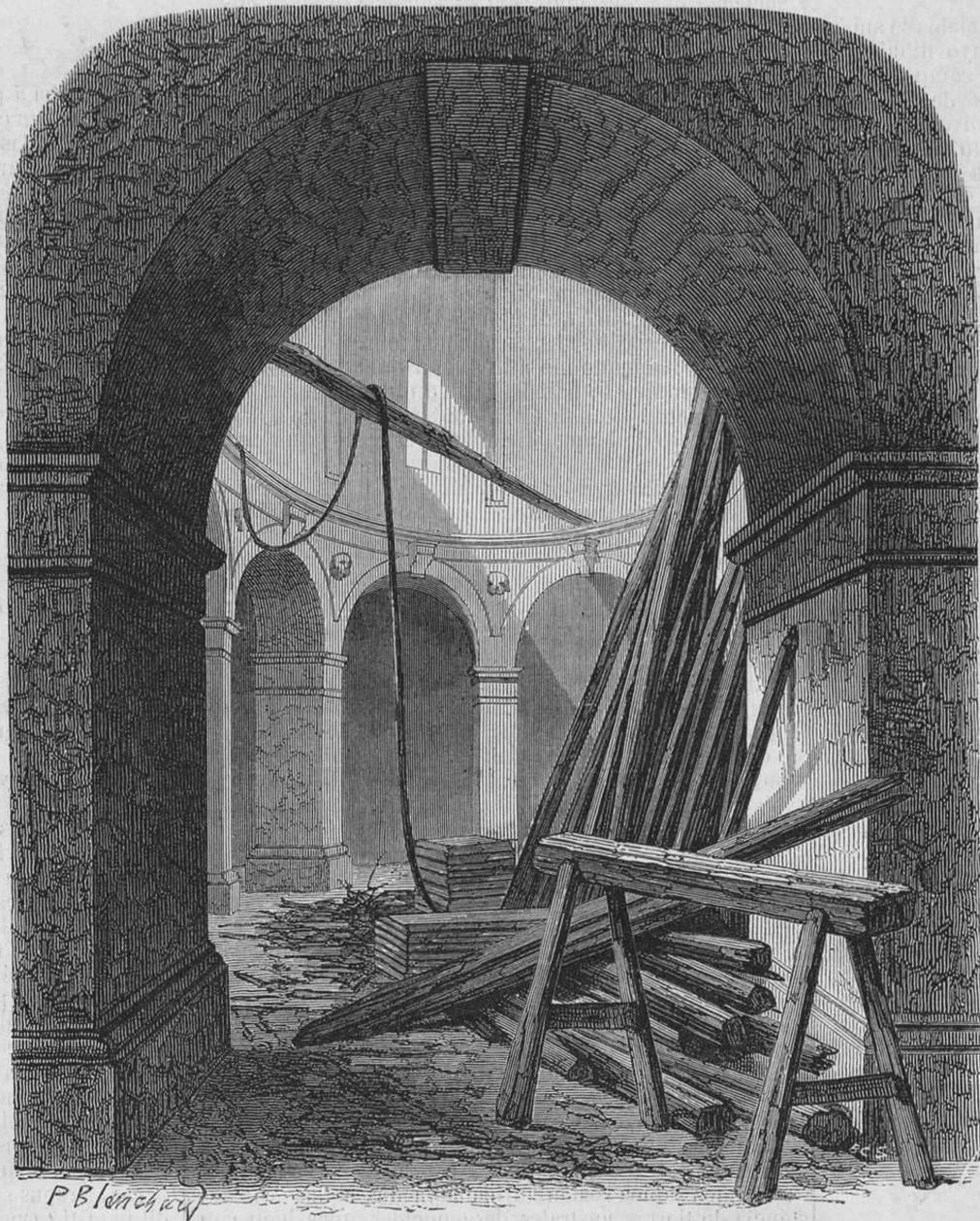
El 26 de febrero último tuvo efecto en Milan bajo la presidencia del marqués de Torelli, la primera asamblea general de los 220 suscritores. Aquel día supe que de los 40 á 44,000 muertos señalados en los partes oficiales de aquella época, habían desenterrado de 751 zanjás 8,177 esqueletos. ¡Ocho mil esqueletos! ¿En qué piensan pues, los triunfadores cuando ni siquiera se acuerdan de dar una tumba á los valientes que caen por su gloria?

Confieso que mi corazón se oprimió tanto al oír aquella noticia, que inmediatamente tomé el camino de hierro para ir á ver, y con efecto, ¡he visto!!!

¡Oh, dolor! ¿Qué es pues, la guerra? Hace doce años que la Europa entusiasmada se despertaba al ruido de dos grandes victorias, y hoy tenemos que hacer excavaciones aquí y acullá para encontrar los restos de aquellos héroes. Siempre recuerdo la terrible impresión que me causó la lectura de la escena de los sepultureros de *Hamlet*; pero en lo sucesivo aquella imagen quedará eternamente reemplazada en mi memoria por los dos grandes osarios á que acabo de pasar revista.

Sin embargo, basta de reflexiones. Los hechos son bastante tristes para que necesiten tantas lamentaciones.

Estoy en San Martino. La capilla del osario no está edificada todavía. Dicen que lo estará para el día de la inauguración, que



EL CAMPO DE BATALLA DE SOLFERINO. — La capilla mortuoria de San Martino.



El campo de batalla de Solferino. — Clasificación de los huesos

tendrá efecto el 24 de junio próximo, aniversario de la gloriosa batalla.

Provisionalmente, los huesos y los esqueletos se amontonan simétricamente en un cercado, cuyo dibujo envió. La impresión es lúgubre. Al lado los campos labrados, el trabajo, la vida. Aquí en el flanco de un cerro coronado con unos cuantos árboles, el polvo de los valientes, la muerte. En un rincón en lo alto de un madero un farol, y por todo el recinto la obra monótona de los sepultureros.

Siniestra tarea emprendida para ordenar los restos de esas organizaciones humanas, hoy dislocadas. Hay algo que atemoriza en esas hileras de calaveras que parece que nos miran con sus ojos vacíos... Esos hombres que van y vienen con cestos llenos de huesos, hacen pensar en la nada, y uno se dice con angustia: ¡Eso es todo lo que queda de tanta juventud y esperanza, de tanta fuerza y heroísmo! La guerra tiene también su cosecha: ¡Ahí está!

Pasemos a Solferino. La capilla mortuoria está construida debajo del coro de la iglesia de San Pietro, situada en una colina de frente a la torre. Tampoco está acabada, pero lo estará para el día de la inauguración.

Entre tanto colocan los huesos como en San Martino, en un recinto contiguo a la iglesia. Ahí los sepultureros clasifican los huesos y los ponen de modo que forman con ellos esqueletos enteros. He visto y tocado muchas calaveras, muchas costillas, muchos huesos de brazos y piernas rotos por las balas. Uno de los esqueletos debió pertenecer a la guardia imperial: tenía dos metros de largo... Dos esqueletos se daban la mano. ¿Qué drama mas conmovedor que ese apretón de manos en la tumba?

El fúnebre trabajo se hace en medio del mas profundo respeto. Los sepultureros están dirigidos por un cirujano. Recogen piadosamente todos los recuerdos, monedas, sellos papeles y medallas. Por estas indicaciones se han podido reconocer hasta hoy algunos esqueletos.

Me apresuro a enviar mis apuntes, absteniéndome de comentarios, pues mis dibujos dicen mas que podrían decir mis palabras. Sin embargo, concluiré con esta reflexión: en presencia de tan terrible espectáculo la guerra parece mas horrorosa aun y se pregunta uno ¿cuándo desaparecerá ese espantoso azote de la humanidad!

B.

### El capitán Cook.

James Cook goza sin contestación, y puede decirse con toda exactitud en todas las regiones del mundo, la mayor celebridad. Ha quedado como por modelo a los navegantes que siguiendo sus pasos no han tenido mas que completar el cuadro de sus trabajos geográficos.

Un viaje al rededor del mundo no presenta ya en el día mas peligro que el de un crucero de invierno en la Mancha ó en el banco de Terranova; y basta uno solo para dejar cimentada la reputación de un hombre.

Cook hizo tres uno tras otro en el término de nueve años, y ha logrado resolver él solo las tres mayores cuestiones que ocupaban a los geógrafos de aquella época.

El primer viaje lo emprendió en el año de 1768 para ir a observar en una de las islas del grande Océano el paso de Venus sobre el disco del sol.

El mundo científico daba a esta misión la mayor importancia. Dalrymple, hábil geógrafo, conocido ya por sus trabajos en las Indias, había formado el plan de aquella campaña, la Sociedad Real de Londres había redactado las instrucciones; la curiosidad general se había excitado, las testas coronadas participaban del anhelo comun; pero no se conocía en todas las graduaciones de la marina inglesa ningún hombre a quien pudiera encargarse tal misión.

Estaba entonces en ella en clase de subalterno James Cook, de edad de unos treinta años, hijo de un criado de una casa de labor.

Este marino, que nació en 27 de octubre de 1728 en Marton, condado de York, había entrado de aprendiz en casa de un lonjista de Newcastle a la edad de trece años; pero habiendo excitado en él la proximidad del mar una pasión decidida por la navegación, había entrado de marinero en un barco de carbon, y a los veinte y siete años pasó con igual título a un buque del Estado, en donde recorriendo sucesivamente todos los destinos mas oscuros y penosos de la marina, pudo adquirir por sí mismo durante aquel humilde período de su vida los conocimientos astronómicos mas elevados, y ejecutar importantes trabajos hidrográficos.

Estas consideraciones hicieron que se le eligiese, para honor del gobierno inglés, por comandante de la expedición científica mas interesante de la época.

Dos hombres célebres, sir Joseph Banks y sir Salander, quisieron participar de su gloria y de sus peligros.

Sir Joseph Banks fué durante medio siglo en Inglaterra uno de los hombres mas activos entre cuantos han contribuido al adelantamiento de las ciencias.

El es quien en algun modo fundó la asociación africana, que por espacio de cuarenta años ha suministrado instrucciones a la mayor parte de viajeros ingleses, y el primero que dió a conocer por medio de una descripción la gruta de Staffa.

La prosperidad de la Nueva Gales, el transporte del árbol del pan a América, la restitución de los papeles de la Pérouse a los franceses, se deben en gran parte a su influencia.

Caballero de la Orden del Baño, y obteniendo en la Sociedad Real de Londres la presidencia desde el año de 1777, sir Joseph Banks murió en el de 1820 a la edad de ochenta años.

Este sabio que al salir de la universidad había hecho un viaje a Terranova, se entusiasmó por el que Cook iba a emprender, y quiso acompañarle.

Dueño de una gran fortuna, llevó consigo un secretario, dos dibujantes y cuatro ayudantes subalternos; se proporcionó tambien los instrumentos mas perfectos, y se surtió de una gran cantidad de enseres dorados para cambiarlos con los salvajes; pero aun hizo mas determinando al célebre naturalista Solander a que hiciera parte de la expedición.

Solander era sueco, discípulo de Linneo, y había hecho ya por casualidad un viaje por mar. Estando en Inglaterra y habiendo ido a la rada a visitar a sus amigos, el buque en que se hallaba recibió orden de aparejar inmediatamente y tomar el rumbo para Canarias, a salir al encuentro de buques ricamente cargados que debían apresarse.

La orden era terminante y sin demora, y el capitán no tuvo tiempo para hacer que Solander volviera al puerto, y así le llevó consigo.

Resignándose nuestro naturalista con aquel contratiempo, convirtió en utilidad de la ciencia su cautiverio, y formó colecciones de historia natural.

A su regreso se fijó en Inglaterra, donde obtuvo una plaza en el Museo. Entonces fué cuando sir Joseph Banks le propuso el viaje al rededor del mundo, le afianzó la conservación de su plaza y el Museo, y le aseguró sobre su propia fortuna un vitalicio de 40,000 rs.

Con tan buenos colaboradores, y con los medios que tenía a su disposición y juntamente sus talentos y actividad, no podía menos de justificar Cook las esperanzas del sabio.

El paso de Venus fué felizmente observado en la isla Otahiti; se conoció tambien en aquella nueva campaña que la Nueva Zelanda se dividía en dos por un canal, que desde entonces se llama el Estrecho de Cook.

A la vuelta de aquella primera expedición, empezada el 19 de mayo de 1771, recibió el grado de comandante de la marina inglesa, y en breve se le designó para desempeñar otra nueva misión.

Se trataba de dar otra vez vuelta al globo, pasando por las mayores latitudes Sur, y recorrer particularmente cada uno de los puntos del Océano Pacífico que hasta entonces no se habían examinado, a fin de resolver la cuestión del continente Austral, tantas veces controvertida.

Muchos sabios sostenían hacia ya dos siglos la existencia de tierras australes desconocidas, mas bien con argumentos filosóficos que con hechos positivos; manifestando las grandes consecuencias que debería producir el descubrimiento de ellas.

Cook desempeñó su peligrosa misión con valor y prudencia; se adelantó mas allá del grado 74 de latitud, y no encontró en ninguno de los puntos el continente deseado. Sin embargo, su constante opinión era de que existía una tierra cerca del polo.

Durante aquella campaña reconoció entre otros puntos la costa de la Nueva Zelanda, y el grupo de islas a las cuales dió el nombre de tierra de Sandwich.

Cook fué recibido a su regreso con entusiasmo y elevado al grado de capitán. Se le dió una plaza en la administración del hospital de Greenwich, fué elegido miembro de la Sociedad Real de Londres, y obtuvo en fin la medalla de oro destinada por sir Godefrey al escrito mas útil sobre experiencias nuevas, juzgándose que su Memoria acerca del empleo de los métodos con cuyo auxilio había logrado conservar durante el viaje la salud de su tripulación era digno de ser premiado de este modo.

Disfrutaba Cook de su celebridad y reposo, cuando el espíritu público, perdida la esperanza de hallar la tierra Austral, puso la vista en el Norte, anhelando saber si realmente existía un paso hacia el polo que pudiese evitar a los navegantes europeos el rodeo del cabo de Buena Esperanza; pero ¿cómo se había de proponer el mando de una nueva expedición al capitán Cook despues de tantas fatigas y de tantos riesgos corridos?

No obstante, se le pidieron consejos para el buen éxito de esta empresa, y en una comida en casa del lord Sandwich, jefe del almirantazgo que había provocado ya el viaje a las tierras Australes, se habló largamente sobre la utilidad que acarrearía a la navegación semejante descubrimiento.

El capitán se sintió tan animado con las razones que se expusieron, que se levantó de su silla lleno de entusiasmo, diciendo con gran satisfacción de sus amigos que se encargaba él mismo de la ejecución del proyecto. ¡Bien ajeno estaría de pensar que iba en busca de su muerte!

Se decidió que en vez de pasar desde el Océano Atlántico al Océano Pacífico, se haría todo lo contrario. En consecuencia saliendo Cook de Plymouth en 12 de julio de 1776, se dirigió al gran Océano Setentrional, pasando por las islas que había ya visitado, y empezó sus trabajos en las costas orientales del Norte de América.

Despues de haber recorrido esta parte del globo, volvió a tomar refresco a las islas de Sandwich. Entonces fué cuando descubrió la isla *Chiwihée*, donde fué muerto del modo mas lastimoso en una riña que se suscitó entre los indios y la gente de su tripulación, el día 14 de febrero de 1779.

B. P.

### Adriano Brauwer.

El sol iba a ponerse, y las casas pintorreadas de Harlem brillaban con sus postreros rayos. Las angostas ventanas, cerradas por el día, comenzaban a abrirse a la fresca de la tarde: las criadas platicaban junto a las puertas, y de los jardines situados a espaldas de cada casa se elevaban perfumes que se esparcían por las calles. Era esta la hora deliciosa en que suavizándose la luz y el ruido, se convierte el cansancio del día en una fresca languidez.

A la entrada de una pobre casa baja y mal pintada estaba sentado un muchacho de doce años, con los codos indolentemente apoyados en un bastidor colocado sobre sus rodillas, y con la cabeza echada atrás. Su descolorido rostro parecía reanimarse a las brisas de la tarde, y sus cansados ojos se alegraban siguiendo el vuelo de los pájaros perdidos entre los tejados. Hacia ya algunos segundos que estaba entregado a esta distraída inacción, cuando se dejó oír una voz agria y regañona junto a él.

— ¿Piensas pintar tus flores sobre las nubes, bribón? gritó una mujerzuela seca y curtida, que salía de la casa con el pelo erizado de agujas guarnecidas de lana de diversos colores.

El chico se enderezó como si se despertara azorado; se encendió y se puso pálido casi al mismo tiempo, y en seguida bajó los ojos confuso.

— Vamos a ver lo que has hecho desde que estás aquí, repuso la mujer flaca, clavando en su peinado una nueva aguja.

Y diciendo y haciendo se inclinó hacia el bastidor que el jóven le presentaba con inquietud.

— Tres flores y dos pájaros, nada mas; si ya lo sabia yo cuando te ví salir. ¿Por qué no te has estado conmigo junto a la estufa?

— ¡Madre, estaba la tarde tan hermosa! contestó el chico con miedo.

— ¡La tarde tan hermosa! exclamó la mujercilla exasperada; y ¿qué te importa esto? ¿Me ves a mí pararme en el tiempo? ¡Tan hermosa!... ¿No creeria uno que se alimenta con el sol?... Adriano, tú eres ya un perezoso y un tunante como tu padre; pero cuenta con ella, porque no les falta rabo a mis escobas...

El pobre muchacho se estremeció a estas palabras; recogió su cuadro, sus colores y sus pinceles, y fué a entrar en su casa.

— ¿No ves que ya casi es de noche y que está oscura la casa? repuso su madre; ¿quieres que encienda un candil para tí? Quédate ahí y aprovecha la caída de la tarde; por lo demás, yo haré que trabajos viniéndome junto a tí.

Entró en casa, en efecto, un instante, y volvió a salir al punto con un bastidor para bordar.

Como quiera, Adriano había vuelto a coger su bastidor, y no se atrevía a alzar los ojos, pintando a toda prisa en el lienzo pájaros y flores para venderlas como adorno a las aldeanas de los campos de Harlem.

Al principio no había hecho mas que trazar con la pluma sobre un cañamazo dibujos que su madre bordaba en seguida; pero habiendo desenvuelto aceleradamente su gusto, sus bosquejos habían llegado a ser pinturas llenas de frescura, y que eran mas codiciadas por las compradoras que los bordados de la madre.

Desde que esta conoció el precoz talento de su hijo Adriano, no le dejó sosiego ni respiro. Fué preciso que el niño renunciase a los juegos de su edad, a las rondas de noche por las calles, y a los paseos del domingo a lo largo de las praderas.

De entonces mas no hubo nidos que buscar ni florecillas que coger, ni mariposas que perseguir; el tiempo de Adriano era cosa harto preciada para que lo gastase él en ser dichoso.

La pobre criatura se acostó mas tarde, madrugó mas y se vió separado de todo lo que podía distraerle, incluso el sol y el aire; de modo que el muchacho sufría el castigo de su ingenio, y el cuidado pajarillo había venido a ser la gallina de los huevos de oro.

Esta nueva vida alteró la salud de Adriano; pero su madre no hizo caso. Esta mujer se había visto cruelmente probada, y su alma había llegado a parecerse a las manos callosas que ya no tienen tacto. No era un ser fuerte, sino un ser endurecido en el dolor.

Como había penado siempre, parecía que el penar no era otra cosa que la vida, y por mostrarse desapiadada para consigo propia, se creía con derecho para serlo con los demás. Sin embargo, el anhelo de ganar que la hacia cruel con respecto a su hijo, provenía en ella de un sentimiento pundonoroso.

Cargada de deudas, contraídas por su marido antes de su muerte, había impuesto la obligación de pagarlas todas, y su trabajo y el de Adriano no tenían otro objeto; pero Catalina Brauwer echaba a perder este acto de delicada probidad por el modo de llevarlo a cabo.

Era en verdad una de aquellas mujeres que no poseyendo las gracias del corazón, dan a la abnegación misma toda la fealdad del egoísmo, y desmejoran el bien practicándolo.

Condenado a cumplir una penosa obligación cuya importancia no comprendía, contrariado en todas sus necesidades y en todos sus gustos, Adriano había tardado poco en tomar aversión a su madre. Así fué que cuando esta cayó enferma a consecuencia de un excesivo trabajo, no experimentó ninguna de aquellas tiernas inquietudes que debiera haber sufrido.

La dureza de los otros nos endurece a nosotros mis-

mos, y la indiferencia de los hijos no es el menor castigo de la insensibilidad de los padres.

Lo único que vio Adriano en los padecimientos de su madre, fué un motivo de suelta. La vieja le habia sueltado en casa únicamente por el miedo; desde que conoció que no podia levantarse ni pegarle, despreció sus órdenes y echó á correr.

Hacia tanto tiempo que no habia gozado de su libertad, que al principio experimentó una especie de delirio. Atravesó corriendo los arrabales, y en algunos minutos salió al campo. ¡Allí habia aire; mieses maduras, árboles con pájaros que cantaban entre las hojas!

Adriano se tiró al suelo y se echó á rodar por la yerba dando gritos de contento. En seguida se columpió en las ramas de los viejos abetos, corrió descalzo por los arroyos y se sentó junto á una pradera para hacerse un turbante de flores.

De esta suerte pasó el día cantando, corriendo y hablando á las mariposas que cruzaban por el aire. Sin embargo, como el hambre le hiciese pensar en la vuelta, el susto comenzó á ocupar el lugar del regocijo, y volvió á tomar el camino de la ciudad muy poco á poco y cabizbajo además.

Al momento en que vio á lo lejos el tejado de su casa se paró asustado, porque se le ocurrió que podia hallar curada á su madre, y esta idea le hundia. No obstante, despues de un momento de indecision continuó tímidamente su camino arrimándose á las paredes; varias vecinas estaban en corro delante de la puerta de su madre, y una de ellas le vio á lo lejos.

— ¡Mírale allí! exclamó.

Y corriendo hacía él.

— ¿De dónde vienes, desventurado? le dijo: ¿Sabes lo que ha sucedido durante tu ausencia?

— No por cierto.

— Tu madre ha muerto.

El niño retrocedió: nada le habia preparado á esta nueva, y vaciló como si le hubiesen dado un golpe. Las vecinas le cogieron en medio con aquella compasion charlatana de las mujeres del pueblo, y le hicieron entrar en la casa.

La primera impresion de Adriano no habia sido mas que una sorpresa terrífica, pero á vista del cadáver de su madre lanzó un grito de dolor. Todo lo que habia de bueno todavía en su corazon se conmovió de repente, y el hijo cayó de rodillas llorando junto á la cama de su madre.

Las mujeres que estaban allí tuvieron lástima de él y lo apartaron de semejante espectáculo.

Dos días pasó en casa de una vecina, que no perdonó medio de consolarle: por lo demás, por vivo y sincero que hubiera sido su primer dolor, no podia durar mucho. Su madre no le dejaba ninguno de aquellos recuerdos que hacen sagrada una memoria, y al perderla no perdía proteccion, ni cuidados, ni caricias.

Ya no le condenarian mas á trabajar sin descanso para satisfacer á un honor que no comprendia: la muerte acababa de darle por libre de las deudas de su padre, y el hallarse huérfano no era para él quedar solo, sino quedar libre.

Sin embargo, aunque entreviese la muerte de su madre menos como una desgracia que como una emancipacion, no se atrevia á entregarse al júbilo confuso que experimentaba.

Un pudor del alma le advertia que era impío tal sentimiento, y mezclaba á su alegría interior un no sé qué de vergüenza y de tristeza.

La memoria de su madre por otra parte estaba palpitante todavía, y le dominaba por el miedo, de modo que cuando volvió á su casa, de donde habian llevado la muerta, experimentó una opresion profunda.

Rodeó con los ojos la habitacion para buscar el bastidor en que bordaba Catalina, como si esperase encontrarla junto á él; aplicó el oido para asegurarse si oia su voz, pero todo estaba mudo y vacío.

Adriano miró al rededor con angustia: el terror que le habia inspirado en vida su madre, parecia haberse pegado á esta casa, en que todo le recordaba una larga servidumbre. Esta era la primera vez que entraba en ella sin oír gritos ni injurias, y este silencio le enfriaba, y su libertad le causaba una especie de espanto. Parecióle que su madre estaba allí todavía invisible, pero implacable siempre vigilando su menor paso.

Dominado por esa especie de vision de niño, fué á tomar su bastidor y sus colores, vino á sentarse cerca de la puerta, y se puso á dibujar con tanto ardor como si Catalina Brauwer le hubiera observado.

Una hora haria que se habia puesto á trabajar, cuando vio una sombra que se extendia por su lienzo. Alzó la cabeza y encontró las miradas de un viejo que se habia detenido junto á él y estudiaba su trabajo con atencion.

— ¿Quién te ha dado lecciones? preguntó el extranjero.

— Nadie, señor.

— ¿Qué edad tienes?

— Trece años.

— ¿Qué hacen tus padres?

— No los tengo.

El viejo miró de nuevo el dibujo.

— Yo soy el pintor Hals, repuso finalmente: vente conmigo, yo seré tu maestro y cuidaré de tus adelantos.

En medio de todas las miserias de Adriano, el pensamiento de que algun día podia llegar á ser pintor, habia cruzado algunas veces por su espíritu; pero como un ensueño sobrado hermoso para creer en él.

Presuma pues el curioso lector qué efecto debió producir en él la propuesta de Hals. El antiguo profesor se aprovechó de estos primeros trasportes para llevarle

consigo, y al otro dia ya estaba Brauwer instalado en el estudio de su patron con los numerosos discípulos á quienes este daba lecciones.

El siguiente año fué para Adriano un año de embriaguez, porque la pintura le mostró á las claras uno por uno todos sus recursos. La pintura no se habia convertido aun en un asunto de discusiones estéticas: persuadidos de que imitar la naturaleza era el mejor medio de reproducir la vida en todas sus expresiones, los artistas se habian dedicado por entero al estudio de la forma; y cuando habian llegado á hacer respirar la madera ó el lienzo, cuando habian derramado todas las gracias ó todas las energías con que el mismo Dios habia sellado la frente de sus criaturas, creian haber hecho una obra de genio.

El arte entonces nada tenia de metafísico, sino que era el resultado de una contemplacion perspicaz, una especie de intuicion sencilla, auxiliada de laboriosos estudios, de ensayos multiplicados, y de habilidad y destreza práctica.

Brauwer por lo tanto no hubo de extraviarse en inspiraciones fantásticas, y buscó el arte como Dios habia mandado buscar la verdad, con la fe de los niños. Clavada siempre su vista sobre el mundo exterior, esforzabase en apoderarse de su forma y movimiento.

Su cuaderno nunca se separaba de él, y se le veia en las calles de Harlem siguiendo á las jóvenes criadas que venian á la fuente, á los soldados borrachos, á las comadres en riña, y apuntando con francos y desenvueltos rasgos las aposturas hechiceras y grotescas que herian sus ojos.

Gracias á tan encarnizados estudios, sus progresos fueron inmensos, y al cabo de dos años sus cuadros llegaron á ser distinguidos por los conocedores. Hals que habia previsto semejante resultado, y cuya benevolencia habia sido un simple cálculo de avaricia, se aprovechó mañosamente de su buena fortuna. Exigió mas aplicacion del muchacho, y vendió caro á los chalanos sus menores bosquejos.

Pero como los condiscípulos de Adriano comenzaban á comprender su superioridad, temió que alguna circunstancia se la revelase á él mismo, y para evitar este peligro lo encerró solo en un desvan extraviado, señalándole tarea para cada dia.

De este modo su talento venia á ser funesto á Brauwer por segunda vez, y le arrebatava su única herencia, la libertad.

Por su desgracia, sus cuadros mas conocidos fueron estimados y codiciados, y otro tanto se aumentaron las ganancias de Hals.

El oro es para los avaros á manera de esos licores devorantes, que encienden la sed en lugar de apagarla: así fué que la codicia del viejo pintor no conoció límites.

Recurrió á toda especie de mortificaciones para obligar á Adriano á un trabajo rápido y continuo: le cercenó su racion; le rehusó cama y vestidos, y el pobre muchacho llegó á echar de menos la cautividad de antaño y las durezas de su madre.

Como quiera, la desaparicion de Adriano habia excitado la curiosidad de los otros discípulos de Hals, y poco tardaron en saber dónde estaba encerrado. Van Ostade (el mismo que mas adelante se inmortalizó en la pintura) juró que lograria verle.

Aprovechóse, en efecto, de la ausencia del maestro para llegar hasta el granero de Brauwer, y puso el ojo á una rendija de la puerta; pero apenas hubo mirado algunos segundos, cuando lanzó un grito de admiracion, viendo el último cuadro acabado por Brauwer.

Despues de haber trocado algunas palabras con el cautivo, se apresuró por bajar al estudio para contar lo que habia visto: y como todos los discípulos quisieran asegurarse por sus ojos de tal maravilla, se fueron unos detrás de otros á la puerta de Brauwer.

La mayor parte se contentaron con admirar, pero otros chalanos de cuadros que estudiaban el arte no con el fin de honrarlo sino con el de explotarlo, pensaron al punto en sacar partido de la circunstancia. Estos tales propusieron á Adriano que les pintase los cinco sentidos y los doce meses del año, á razon de cuatro cuartos por pieza... Adriano aceptó con ansia, maravillado de que sus pinturas fuesen compradas por algo.

Sin embargo, Van Ostade vino á verle muchas veces, y le incitaba á la fuga, asegurándole que en cualquier parte podria vivir con su pincel. Brauwer dudaba todavía, pero el invierno habia comenzado, y no se podia sufrir el frio en el desvan de maese Hals.

Se decidió por último á partir, y despues de haber dado á sus camaradas ocho ó diez cuadros por una suma que montaba unos treinta cuartos, forzó la puerta de la prision y tomó la fuga.

En cuanto se vió libre, su primer cuidado fué meterse en una pasteleria, donde con la imprevision de un muchacho de doce años, que fué el azote de toda su vida, gastó su dinero en una provision de pasteles. En seguida se puso á recorrer la ciudad, sin saber qué hacerse ni adónde encaminarse.

Dominado desde sus primeros años en todas sus inclinaciones, habia perdido la costumbre de obrar por inspiracion propia: su espíritu habia quedado sin audacia, sus deseos sin energía, y los últimos meses que pasara en casa de Hals, habian acabado de quebrar esta alma, falta siempre de resorte.

Por otra parte, se habia desacostumbrado al ruido, á la luz, al movimiento, y su primera impresion encontrándose en las calles de Harlem, fué un embarazo doloroso; porque estaba avergonzado de sus guiñapos, y no sabia cómo andar á la vista de tanta gente.

Para sustraerse de ella entró en una iglesia y fué á esconderse debajo del órgano, en donde cayó en una especie de atonia moral. Pensó que la esclavitud habia llegado á ser en él una segunda naturaleza y que quizá estaba ya incapacitado de gozar de la libertad.

Esta idea le afectó tan profundamente, que se sentó y se echó á llorar como un tonto. Un hombre que estaba junto á él y oyó sus sollozos, se acercó para preguntarle el motivo, y Brauwer le contó la verdad.

Este hombre, conmovido, le propuso que le llevaria á casa de su maestro, prometiéndole que alcanzaria para él mejores condiciones que antes. Brauwer se dejó persuadir y volvió por lo tanto á casa de Hals, que sonrojado de ver descubierta su codiciosa crueldad, prometió tratar mejor en adelante á su discípulo.

Llevaron en efecto á Adriano á la roperia, donde le compraron una casaca color de tabaco de España, unos calzones encarnados y unas medias achinadas. Tambien se le permitió trabajar en el estudio que estaba abrigado, y no se le escaseó el preciso alimento.

A fuer de mas afortunado trabajó Brauwer con mas vuelo y audacia, y sus talentos se resintieron de ello. Encontró asimismo con el bienestar un poco de resolucion que hasta entonces le habia faltado; y como por otra parte la edad se adelantaba, comenzó á despuntar la virilidad en esta naturaleza tardía.

Llegó á conocer que Hals vendia sus cuadros, y puesto que no sospechase su valor, pensó que mas valdria trabajar por su propia cuenta que para provecho y lucro de un amo. Escapóse de consiguiente otra vez, y entonces no paró hasta Amsterdam.

Eran aquellos los hermosos tiempos de la escuela flamenca; la pintura no habia sido todavía destronada por los tulipanes, y no se encontraba otra cosa en los Países Bajos que grandes artistas produciendo obras maestras, y grandes conocedores pagándolas á peso de oro.

El pueblo mismo participaba de esta pasion de los ricos: los pintores eran recibidos en todas partes como los *minnesingers* (4) lo habian sido en otro tiempo. Al llegar á Amsterdam, Brauwer entró en la primera posada que ha ló á mano.

Todo hombre que viaja por Holanda con un palo y un morral, no puede pedir en un meson sino dos cosas, á saber: queso y un jarro de cerveza. En tanto que se los traian, tomó Adriano sus pinceles y se entretuvo en bosquejar sobre la mesa de abeto la cabeza de un charlatan que habia encontrado en el camino. Cuando el posadero volvió se paró sorprendido delante de la grotesca figura.

— ¡Cómo! compañero, ¿sabeis pintar? dijo.

Y mirando mas de cerca:

— ¡Pardiez! ¡Vaya unos toques atrevidos!

— ¿Sois inteligente? preguntó Brauwer sonriendo.

— Un poco, compañero: yo he manejado el pincel antes de manejar el jarro, y mi hijo no es zurdo en la materia.

— ¿Cómo se llama?

— Van Soomeren.

— Gran maestro es, á fe; yo he visto cuadros suyos en casa de Hals, y pinta con igual destreza historia, paisajes y flores.

— Pues en mi entender no le cedéis en nada, observó el huésped que miraba animarse el semblante del charlatan bajo el pincel de Brauwer; ¡mil demonios! ¿quién sois vos para pintar tan pronto y tan bien?

— Principiante.

— Vuestro nombre.

— Adriano Brauwer.

Van Soomeren dió dos pasos hácia atrás y se descubrió.

— ¡Ah! ya comprendo ahora; dijo respetuosamente: el señor Adriano Brauwer me ha hecho gran honra en elegir mi casa, y todo lo que se encuentra en ella está á su servicio.

Adriano creyó al principio que el huésped se burlaba, y tuvo gran trabajo en creer á sus oidos, cuando este le aseguró que su nombre era ya célebre en los Países Bajos y sus cuadros muy buscados.

Queriendo, sin embargo, cerciorarse de la verdad, pintó en algunos dias sobre una plancha de cobre que le habia regalado su huésped, un combate de aldeanos y de soldados borrachos. Van Soomeren se encargó de despachar el cuadro, y salió para enseñárselo á M. de Vermandois, rico apasionado á quien conocia.

Brauwer se sentó á la puerta del meson muy inquieto y con mas temores que esperanzas. Al cabo de una hora vió á Van Soomeren que volvia sin el cuadro, pero con aire azas descontento.

— ¿Qué hay? le preguntó.

— ¿Qué hay? que ya no hay dinero en Amsterdam. Están aquí ocho ó diez pintores que hacen cuadros con mas priesa que se acuña dinero, y los compradores han comprado tanto, que se han arruinado todos.

— Sin embargo, ¿habeis vendido el mio?

— Sin duda, porque como me habeis encargado que lo vendiera á cualquier precio, lo he dado por nada.

— ¿Cuánto habeis recibido?

— Una miseria.

— ¿Pero cuánto?

— Cien ducados.

Brauwer se levantó lanzando un grito.

— ¡Cien ducados!... ¡pero si es imposible!...

— Sin embargo, así es, y aquí están para prueba, dijo Van Soomeren, presentando al jóven una larga bolsa llena de oro.

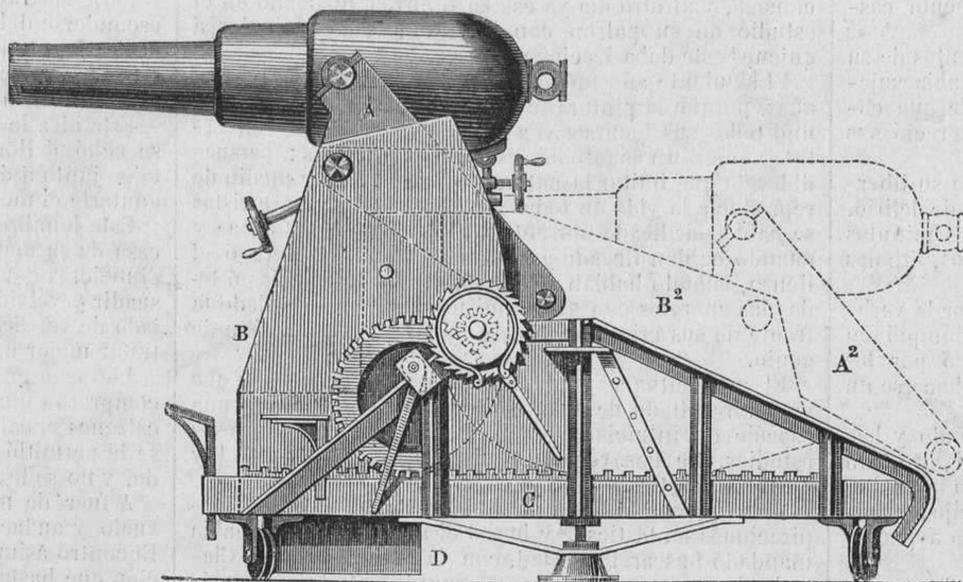
(Se concluirá.)

(1) Especie de trovadores.

**La cureña de báscula,**

SISTEMA MONCRIFF.

Desde que el arte militar aprovechando los maravillosos recursos de la ciencia, ha entrado en una nueva via, hemos estudiado sucesivamente en nuestro periódico las grandes transformaciones que ha sufrido: medios de ataque y medios de defensa, fusil de aguja, ametralladora, cañones rayados, buques acorazados, torpedos submarinos, etc., cada una de las invenciones, cada uno de los perfeccionamientos que han producido esas transformaciones han sido sealados en nuestras columnas. Bajo este concepto, no debemos pasar en silencio la invencion de un ingeniero inglés que ha hecho mucho ruido en el mundo militar, y que en Inglaterra ha sido objeto de muchas experiencias y aplicaciones. Nos referimos al

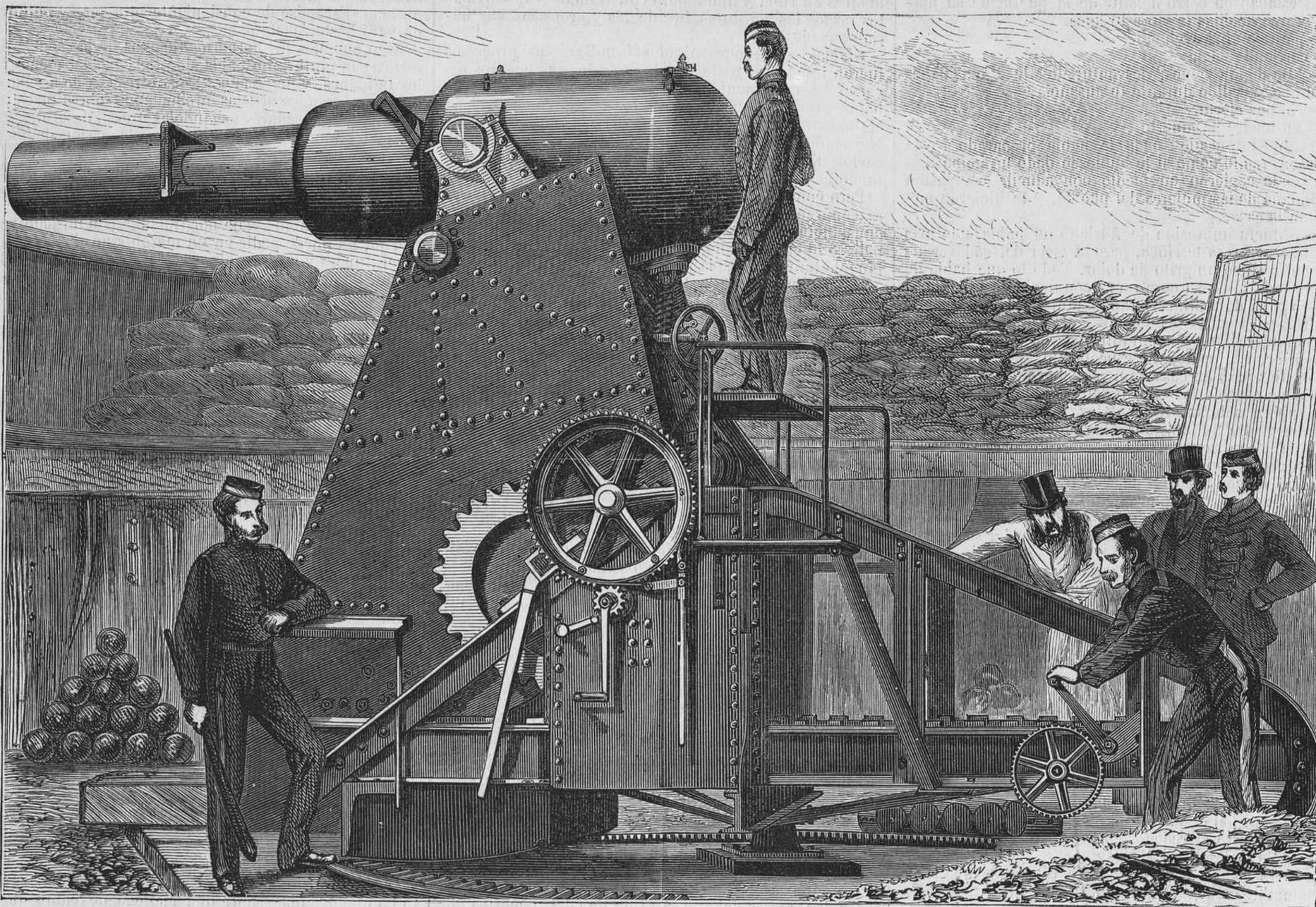


Posicion de la cureña y del cañon en el momento del tiro.

nuevo sistema de cureña que el capitán Moncriff propone adaptar   las gruesas piezas de artillería destinadas al armamento de los buques acorazados y   la defensa de las costas.

Los blindajes mas resistentes y las murallas mejor construidas presentan siempre, como es sabido, puntos vulnerables, y son las troneras por donde los cañones lanzan los proyectiles. Otro inconveniente ofrecen esas aberturas, y es que siendo muy angostas, el cañon no puede girar   derecha     izquierda sino en un espacio muy corto: su *campo de tiro* es muy limitado.

Verdad es que existe un sistema de batería á cuyo beneficio se puede tirar en todas direcciones, y es la batería llamada de *barbeta*, en la cual los cañones se encuentran no *detrás* sino *sobre* la muralla; pero las piezas instaladas se quedan completamente   descubierto y expuestas por lo tanto   los proyectiles enemigos. De este último principio proviene el

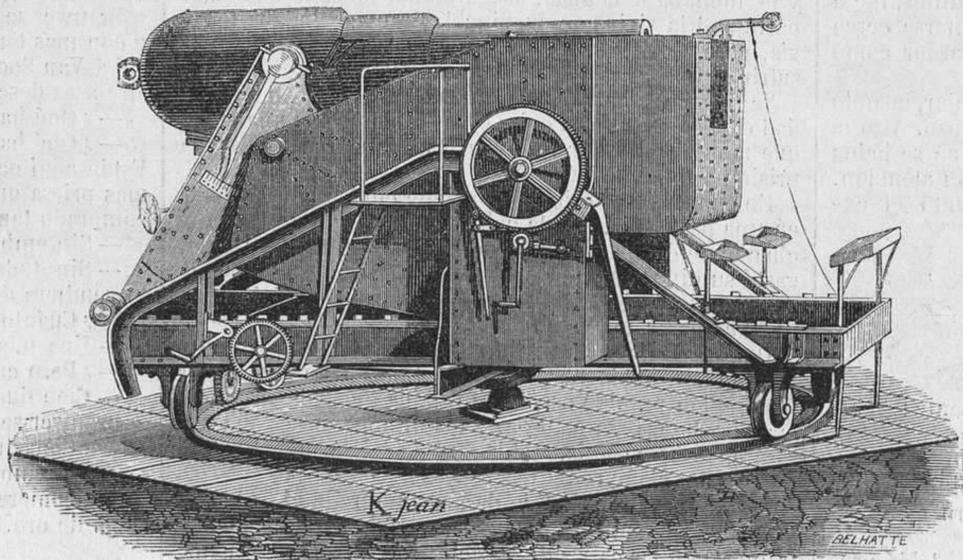


Nueva batería de báscula, sistema Moncriff para el armamento de los buques y la defensa de las costas.

sistema del capitán Moncriff, con la diferencia de que el ingeniero inglés ha imaginado que el cañon no aparezca sobre la muralla sino en el mismo instante del tiro, quedándose al abrigo todo el tiempo necesario para cargarle.

Tal es el objeto del sistema de cureña representado en nuestros dibujos. Como puede verse, la cureña en cuestion se compone de dos partes, una inferior que gira en torno de un arco vertical por medio de pequeños discos rodando sobre un rail circular, y la otra sobrepuesta   la primera, y la cual tiene encima el cañon. Esta segunda parte descansa en dos ejes que la permiten tomar un movimiento de báscula, de modo que se levanta   se baja y se coloca en las dos posiciones que indican los grabados.

Para producir este movimiento de báscula, no necesita el capitán Moncriff recurrir á otra cosa que al movimiento de retroceso que rechaza al cañon hácia atrás en el momento

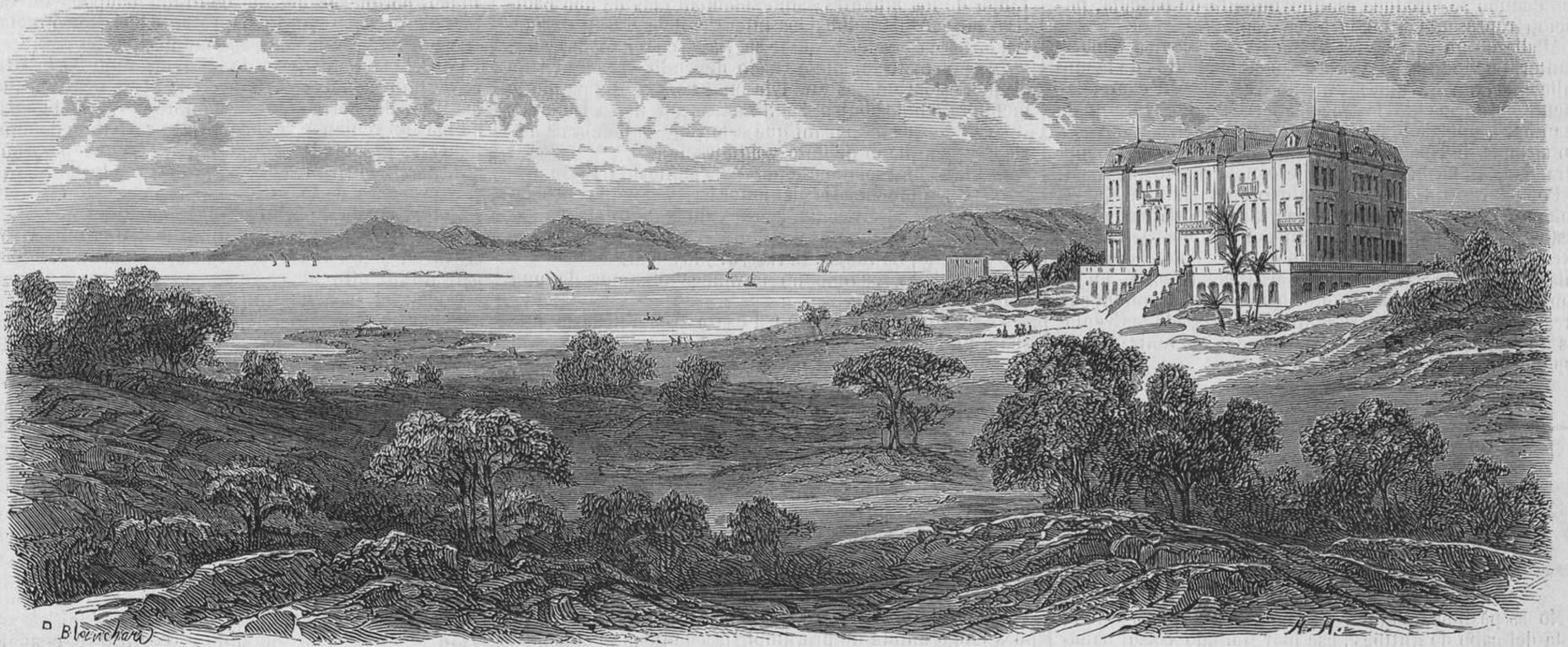


Posicion de la pieza despues del tiro.

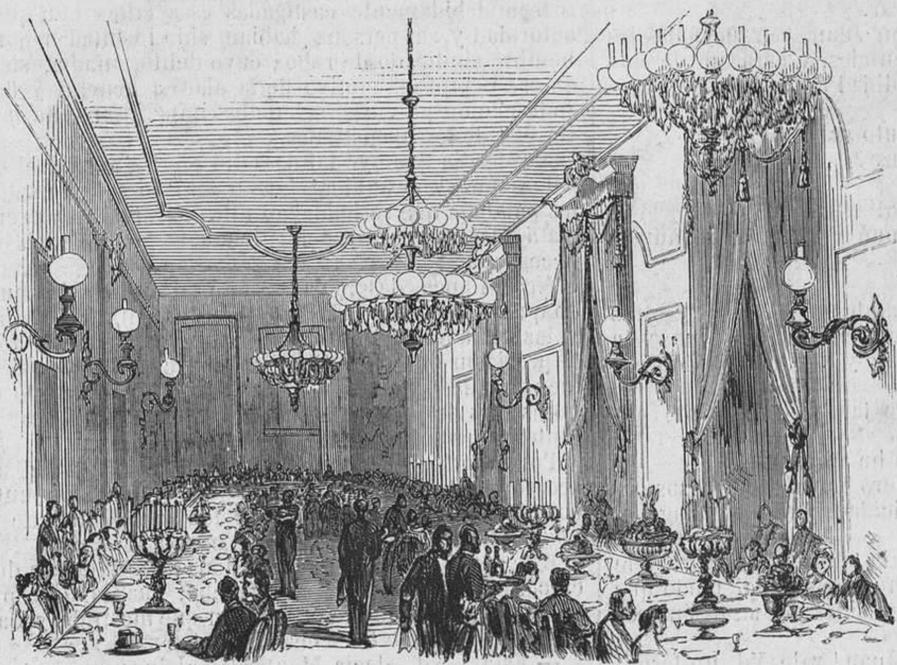
del tiro; un contrapeso calculado de manera que le hace equilibrio, permite   la vez que esa fuerza se ejerza sin sacudida y que el cañon se levante por sí mismo y sin esfuerzo.

Tal es en breves palabras la descripcion de ese ingenioso mecanismo, que nuestros grabados explican suficientemente para que tengamos necesidad de entrar en detalles.

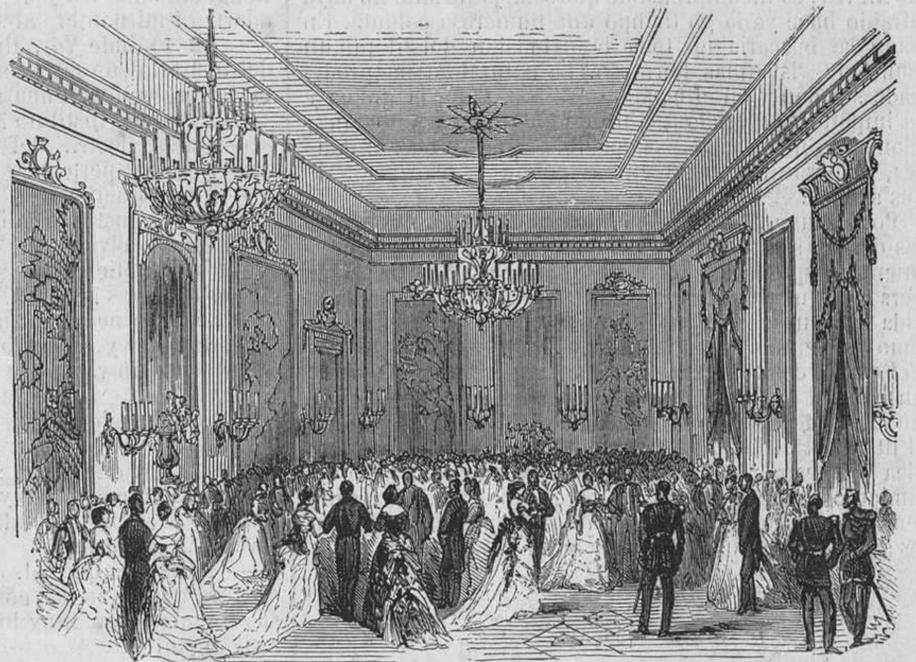
El primero de los grabados representa el cañon levantado y en su posicion de tiro. A es la cureña propiamente dicha, sobre la cual está fijo el cañon. B es la pieza intermedia por medio de la cual la cureña oscila sobre la plataforma C, y D es el contrapeso. La masa de este contrapeso es superior   la del cañon con su cureña. La fuerza del retroceso le levanta al mismo tiempo que baja el cañon, y basta soltar un resorte para que caiga y lleve la pieza   su posicion primitiva. En esa misma figura hay unas líneas de puntos, que indican la posicion del mecanis-



LA NUEVA ESTACION DE INVIERNO DEL CABO DE ANTIBES. — Vista general del nuevo establecimiento y del golfo Juan.



El Banquete.



El baile.



Fiesta dada en los jardines.

mo cuando se produce ese movimiento de báscula, posición representada en la tercera figura.

Mediante un ingenioso sistema de espejos se hace la puntería cuando la pieza está escondida detrás de la muralla, por manera que los artilleros se hallan completamente al abrigo de los fuegos del enemigo durante la maniobra, que se opera sin ningún esfuerzo, gracias á un sistema de ruedas de engranaje que permiten hacer girar la plataforma sobre su eje con la mayor facilidad.

Por los repetidos experimentos que se han hecho en Schräburness por orden del almirantazgo inglés, se ha visto que el tiro se efectuaba en condiciones de rapidez excelentes. Finalmente, si se toma en cuenta la economía que resulta tanto en la construcción como en la conservación de las obras de fortificaciones con la supresión de las troneras, se tendrá una idea de las ventajas que ofrece el nuevo sistema y del porvenir que le espera.

J. B.

## La nueva estación de invierno

EN EL CABO DE ANTIBES.

No es posible imaginar nada más pintoresco que la vista del cabo de Antibes: ese mar límpido y azul bañado por el sol, ese paisaje accidentado, esa preciosa verdura, los naranjos, los olivos, los limoneros y esa cordillera de áridas rocas, forman un incomparable panorama limitado por el grupo majestuoso de los Alpes cubiertos de nieves: es incomprensible que semejante sitio no haya atraído hace ya largo tiempo una numerosa colonia. En vano se buscaría en toda la extensión del litoral un punto de vista más hermoso. La naturaleza ha prodigado sus dones en el cabo de Antibes, todo, la gracia y la imponente grandeza, á fin de que todas las imaginaciones, lo mismo las más apacibles que las más ardientes, pudiesen encontrar en ese peñón la realización de sus sueños.

Por fortuna se ha acabado por comprender las ventajas de esa situación, y se ha creado ahí un establecimiento hospitalario destinado á ofrecer el reposo á las personas que han gastado sus fuerzas en la lucha de la vida bajo un cielo menos clemente. El 26 de febrero último ha tenido lugar la inauguración del *Gran Hotel del Cabo*, celebrándose esta fiesta con un banquete y un baile al que asistían muchas personas de las más distinguidas de la colonia internacional que ha pasado en el litoral el último invierno. Nuestros dibujos darán una idea á nuestros lectores del nuevo y magnífico establecimiento fundado en el cabo de Antibes, y de los diferentes episodios de las fiestas de inauguración, las cuales se efectuaron con la mayor animación y alegría.

A. W.

## El Doctor Témis

NOVELA ORIGINAL ESCRITA POR EL MALOGRADO

JÓVEN GRANADINO

DOCTOR JOSÉ MARIA ANGEL GAITAN.

(Continuación.)

— Es muy probable, dijo doña Leoncia, que se haya cometido un nuevo crimen. Esa joven ocupará ahora á la policía por algún tiempo, se averiguará unos días, no parecerá, y últimamente quedará perdida para siempre, como ha sucedido tantas veces en Bogotá.

— ¡Qué se va á hacer! dijo don Félix. Son personas que no tienen familia, ó que son víctimas de su misma familia. Es imposible así, que las autoridades puedan adivinar quién es un muerto que nadie echa menos entre los vivientes, y cuyos despojos por ninguna persona son reconocidos.

— En fin, dijo don Juan: yo me retiro; y puesto que no nos vamos hasta de aquí á dos días, es posible que mañana sepamos algo más.

XV.

LA DEFENSA.

Al día siguiente por la mañana volvió don Juan á la prisión de Santiago á llevarle las hermosas noticias que había recogido la noche anterior en casa de Baciliza: no las del asesinato ó suicidio, ni las de la clasificación en que entonces distribuía el instituto del amor bufo el

rango de los amantes; sino solamente las de que Baciliza, en consideración á los intereses del corazón de Santiago, había hecho demorar su viaje, como se deseaba; y que por consiguiente ya solo dependía de Monterilla el que estos amores anduviesen *al paso*, siguiendo la metáfora empleada por Baciliza respecto de su lecho.

— ¿Con que es por mí que este viaje se demora? decía Santiago lleno de gozo y admiración.

— Sí, señor, solamente por Vd., contestó don Juan.

— ¡Qué influencia la del amor! ¡Ay Baciliza! exclamó Santiago enternecido. No hay duda de que soy amado y debo envanecerme de ello.

— Eso no, Santiago: haría Vd. muy mal.

— ¡Oh! ¿Y cuándo no envanece el amor de una mujer?

— Así es, dijo don Juan: á ese extremo llega la flaqueza humana. Un hombre que como tal está creado para inspirar amor á la mujer, se envanece hasta de ese hecho tan natural y forzoso, como si fuera una gracia y no una ley de la naturaleza.

— Sí, don Juan, será una flaqueza, pero mi vanidad se apoya en este caso en una cosa menos natural, que es la prontitud con que el corazón de Baciliza se ha movido en favor mío. ¿No le parece á Vd. encantador que ella haya empezado por un sacrificio tan desinteresado, solo por complacerme?

— No hay duda, dijo don Juan sonriéndose; y si usted no le paga con algo más que suspiros, la deuda no se amortiza fácilmente de otro modo.

— Por ahora le pagaré en suspiros, repuso Santiago, pues tengo ánimo de prorumpir frecuentemente exclamando con ese nombre hermoso tan adecuado á la imagen que designa; y si he de hablar con franqueza, creo que por su parte ella también suspirará mucho, porque debe ser muy sentimental; así es que ya me lisonjeo imaginándome los epítetos tiernos y sentidos con que adornará mi nombre al suspirar.

— No lo dude Vd., dijo don Juan, porque todas las del instituto son muy sentimentales, y para eso de epítetos tiernos tienen una fecundidad admirable.

— ¿De cuál instituto?

— Quiero decir... del instituto *suspiroso*.

— ¿Al cual pertenece Baciliza?

— Precisamente.

— ¡Buen instituto! dijo Santiago.

— Mas no olvide Vd., continuó don Juan, que aun le tengo otra noticia.

— ¿De veras? Dígala Vd.

— Baciliza necesita unos guantes *de camino* y otros *de posada*; y si no he comprendido mal, necesita igualmente un *velillo de camino* y una *corbata de posada*.

— Tanto mejor; y si quiere también *velillo de posada*...

— Eso no: ella tiene, según he adivinado.

— Lo siento; porque yo quiero hacerle todos esos obsequios. Será mi segunda felicidad el que me haga el favor de aceptarlos.

— Yo supuse que Vd. desearía tener ese honor, y le aseguro que están las cosas arregladas de tal modo que sus finezas serán muy bien recibidas por su desinteresada amante.

— ¡Qué placer, señor don Juan! vale Vd. un tesoro y Baciliza vale dos.

— Pero advierta que nos iremos mañana; y por tanto es indispensable que salga Vd. de la cárcel precisamente hoy mismo, á fin de que antes de las doce, que es la hora señalada para partir, podamos comprar todas esas cosas, y además las que Vd. necesita, según me ha dicho desde el principio.

— Váyase Vd. pues, á buscar á Monterilla, no sea que ande por ahí cascaleando y trate de burlarnos hoy como nos burló ayer.

Don Juan salió y Santiago se quedó en el balcón un poco pensativo, con la cabeza llena de ilusiones, imaginándose que Baciliza lo adoraba, y que esta era una mujer angelical no menos por su belleza que por su corazón.

En la calle se veía mucha gente, porque ese día se esperaba por aquel lado una procesion para la cual ya estaban adornando los balcones, puertas y ventanas con colchas de diversos colores y calidades; apareciendo además por diferentes partes varias mujeres con canastillas llenas de flores que debían regarse al tiempo de pasar la procesion.

Santiago se divertía con la proximidad de este espectáculo, esperando con mucho placer ver en él á Baciliza.

Entre tanto don Juan desde la plaza, en la que había encontrado algunos amigos con quienes se detuvo á conversar, veía á Monterilla y al juez que hablaban muy despacio en el altozano de la Catedral.

No dudó al verlos de que aquel estaría allí trabajando en ese momento á favor de Santiago.

Y tenía en ello mucha razón, porque Monterilla ciertamente estaba haciendo entonces, no un alegato en estrados, sino como él decía comunmente, un alegato familiar de andén; especie de tribuna que en su concepto y en el de toda aquella cofradía de estóicos, se prestaba más á la elocuencia del foro en Bogotá, que la banca de los tribunales.

Desde las nueve de la mañana había estado Monterilla en el altozano esperando una oportunidad para aprovechar la audiencia privada y secreta que el juez daba en aquel sitio todos los días; pero es de advertir que la que en este deseaba Monterilla, era necesario no pareciese solicitada, sino enteramente casual.

Algunos momentos tuvo que esperar aquella oportu-

nidad, porque el juez, de continuo ocupado en la audiencia privada con otros protovoceros, no ofrecía una ocasión como la que deseaba Monterilla.

Ya este se había paseado en el altozano hasta fatigarse de impaciencia; ya había leído tres ocasiones todas las listas del correo en su nombre y en el de cuantos amigos le venían á la memoria; ya había detenido á todos los procuradores y portapapeles que pasaron por allí, para pedirles razón acerca del estado de los negocios propios y de todos los ajenos de que tenía noticia; ya había vuelto á pasearse, deteniéndose á veces en un extremo del altozano, para dirigir alguna mirada hácia el Norte, y volviéndose después á ocupar el opuesto, para dirigir otra por el Sur.

Nada: el juez continuaba en la audiencia secreta, como si todos los litigantes del mundo hubieran elegido aquel día para alegar por sí ó por medio de sus respectivos patronos en favor de sus asuntos.

Al fin el juez se quedó parado recostándose contra la puerta principal de la iglesia y formando con dos prácticos un corrillo que parecía ya ocupado solamente de pasar el tiempo en conversaciones indiferentes ó poco sustanciales.

Monterilla temiendo no fuese á suceder la desgracia de que la ocasión, en vez de mejorar, se hiciese menos á propósito, resolvió acercarse y aumentar el corrillo, pues que era suficiente para su plan el que hiciera esto de modo que no se le notase en ello algún interés particular, sino únicamente el objeto de pasar el tiempo y de ayudar á pasarlo.

Por una desgracia increíble el corrillo se ocupaba á la sazón precisamente de Santiago, pues el juez estaba refiriendo con una exageración extraordinaria la conducta altiva de aquel preso: narración que despertando su cólera le hacía repetir, precisamente en el momento en que Monterilla se acercó, las protestas de hacer que fuesen debidamente castigadas esas faltas con que su autoridad y su persona habían sido insultadas por un hombre sindicado de robo; cuyo delito, añadía, siendo en ese tiempo el motivo de la alarma general y de la indignación pública, reclamaba imperiosamente la severidad de los magistrados.

Monterilla que oyó tal cosa dióse prisa á dejar el corrillo como si no hubiera hecho alto ni en una sola de las palabras que se hablaban allí, y volvió con paciencia á pasearse para esperar de nuevo la audiencia que necesitaba.

No era poco, desgraciadamente, el tiempo desocupado que en aquella mañana tenían que entretener el juez y los cofrades de Monterilla: así fué que este se vió en la precisión de esperar tanto rato que cuando iba á comenzar la defensa, ya el procesado había sufrido dos horas más de prisión fuera de las que el defensor voluntariamente le quiso imponer.

Por último el juez se quedó solo, en cuya virtud se le acercó Monterilla invitándolo á que se pasearan juntos, con el fin de no ser interrumpido tan fácilmente por algún otro defensor que llegase más tarde.

Este fué el momento en que don Juan saliendo de la cárcel lo observó, como se ha dicho, guardándose prudente de ir á distraerlo en ocasión que mostraba señales indudables de estar verificando la defensa.

— Estará Vd., decía Monterilla al juez aparentando indiferencia y ociosidad; estará Vd. muy contento de dejar ya pronto este empleo que es tan pesado, según dicen, y mucho más en las actuales circunstancias, por esa inmoralidad tan escandalosa que en los últimos días se ha manifestado en Bogotá; de tal modo que no pasa día ni noche sin que se cometa un asesinato ó un robo.

— Y así está todo el circuito, dijo el juez: es increíble; estoy tan aburrido, que si no fuera porque de aquí á ocho días ha de volver el propietario á encargarse del despacho, hace ya mucho tiempo que hubiera renunciado; y si no me habían admitido la renuncia, como tengo mis razones para creerlo, les habría dejado ahí su bastón y me habría retirado á la vida privada que es todo mi anhelo.

— Se lo creo sin dificultad, señor doctor; porque los papeles son capaces de atolondrar á cualquiera. ¿Qué diré yo que he encanecido sobre los protocolos, y desde mi infancia he vivido consagrado sin descanso al estudio de los procesos y al servicio del foro?

— Lo mismo me ha sucedido á mí; y lo que es peor, ya verá Vd. que cuando por el peso de los años y de las fatigas nos encontremos en inhabilidad de seguir sirviendo á la patria y nos retiremos á la vida privada, se contentarán con señalarnos una pensión miserable que no alcance ni para desayunarse con decoro un buen patriota.

— De eso no le quede al señor doctor la menor duda; y si no ya ve Vd. cuánto trabajo le costó conseguir el interinato de la judicatura, que según Vd. mismo ha visto no es más que una bagatela.

— Sí, señor; y si la he aceptado ha sido únicamente por mejorar la administración de justicia y hacer andar los procesos como corresponde y como (aunque me pese el decirlo) no habían andado jamás desde que se acabó el gobierno español. Así es que... no me lo creerá usted; pero en el mes que llevo despachando la judicatura, he dado evasión por lo menos á media docena de causas; de modo es que le repito, estoy abrumado y mi salud se deteriora de día en día. Veá Vd.: en una ó dos horas mortales que trabajo todas las noches, me siento tan débil que necesito tener junto al tintero, ya una taca de sustancia ó de chocolate, ya una copita de brandí, que me gusta mucho y me lo han recetado: cada vez que mojo la pluma necesito tomar... así, alguna cosita:

esto mientras un criado está continuamente debajo de la mesa sobándose los pies, que se me enfrían en extremo: ¿no ve Vd. qué vida de perros esta?

— Sí, señor doctor: así valía más cerrar el estudio.

— Deseosísimo estoy de que pasen aprisa estos ocho días y vuelva el propietario, que yo le preguntaré lo que es bueno.

— Tiene mucha razón el señor doctor: yo no sé cómo hay quien soporte semejante empleo: es por eso sin duda que se ven tantas judicaturas vacantes continuamente, pues se necesita ser de bronce para soportarlas por mucho tiempo.

— Y vea Vd. sin embargo, dijo el juez parándose repentinamente y haciendo parar á Monterilla: hay tantos abogados que ahora, según me parece, todas las judicaturas están provistas.

— Sí, señor, dijo Monterilla siguiendo otra vez el paseo: casi todas, á excepción de la del circuito que se creó el otro día en la provincia.

— ¿Con que está vacante? repuso el juez con interés y volviendo á detenerse para mirar la cara de Monterilla. ¿Luego el que nombraron al principio no aceptó el empleo?

— No, señor, no lo aceptó por ser en interinidad; pero ahora van á nombrar las respectivas asambleas el propietario.

— Ahí tiene Vd. una judicatura muy bonita, dijo el juez continuando nuevamente el paseo.

— Muy bonita, repitió Monterilla.

— Sí, señor, muy cerca... buen temperamento... buenas gentes...

— Yo celebraría, interrumpió Monterilla, que lo nombraran á Vd.

— Eso es muy difícil, amigo mío. A mí ni siquiera me conocen en ese cantón, ni tengo amigos allí.

— Ese no es inconveniente, dijo Monterilla; porque en cambio tiene Vd. aquí muchos amigos que lo estiman y saben apreciar su mérito y sus luces.

— Gracias, gracias. Pero me alegro de que Vd. diga eso, para que se vea que aquí la judicatura ha estado servida por mí perfectamente ¿no es verdad?

— Sí, señor; eso todo el mundo lo confiesa. Así es que si lo quiere, yo creo muy fácil hacer que el nombramiento para el destino de que hablamos recaiga en usted.

— Yo no tengo inconveniente en servir así á mi patria; pero repito que esto exige amigos, y yo no los tengo de ninguna clase en semejante lugar.

— Pero yo sí, dijo Monterilla como quien empieza ya el patético de su discurso: tengo sobre todo en ese cantón un amigo de grande influencia y que hace lo que quiere. Basta solo que yo le escriba y será Vd. electo juez inmediatamente.

— ¿De veras?

— Sí, señor; pues ese amigo es nada menos que lo mejor de todo el cantón: don Alejo Gotera.

— ¿Don Alejo Gotera? No tengo el gusto ni el honor de conocerlo; pero me parece que he oído decir es un ciudadano excelente; muy honrado; muy sano...

— Sí señor, es muy sano. Yo creía que Vd. lo conocía, porque es precisamente el padre de don Santiago.

— ¿De cuál don Santiago?

— De ese jóven que está preso por habersele complicado en el robo hecho al señor Osman la otra noche.

— ¿De veras? ¿Con que es el padre del señor don Santiaguito, á quien sí tengo la honra de conocer? ¡Excelente jóven! ¡qué honradez! ¡qué moderación! Mucho me ha gustado desde que lo ví por primera vez; y he sentido en extremo no haber tenido tiempo para ponerlo en libertad al momento, á causa de estas malditas ocupaciones.

— Calcule Vd. ese jóven preso! dijo Monterilla. Yo me he encargado de su defensa, ofreciendo ponerlo en libertad hoy mismo.

— Ha hecho Vd. muy bien; y aún es necesario que le dé en mi nombre una satisfacción y me excuse con él como pueda, porque lo estimo mucho, y suplico á usted tenga la bondad de escribirlo así al señor don Alejo. ¿De dónde sabía yo que el señor don Santiago?... ¡Vaya una injusticia! Si ese jóven es la misma honradez de su estimable padre...

Desde entonces, aunque el juez y Monterilla seguían paseándose, don Juan solo veía que de cuando en cuando se paraban, entraban á una y otra escribanía y volvían á salir. Así pasó largo rato hasta que por fin se vio á Monterilla en la puerta de una de esas oficinas, con un papel en la mano. Era la boleta de libertad para Santiago.

## XVI.

## LA AMENAZA.

Al ver don Juan que Monterilla venía para la cárcel con la boleta en la mano, quiso separarse del corrillo donde estaba é irse adelante, con el fin de evitar lo viésen en compañía de semejante hombre, si esperándolo tenía que seguir junto con él, en momentos en que á causa de la procesion, estaba reuniéndose por aquel punto un concurso en el que había algunas personas de importancia: mas resolvió detenerse, porque no sabiendo de un modo seguro que Monterilla en efecto hubiera estado con el juez en la ocupación precisa de defender á Santiago, no quiso correr el riesgo de llevar á este una noticia que muy bien podía ser equivocada, y darle con eso un chasco que su discreción aborrecía en extremo,

no ignorando cuánta molestia y antipatía producen siempre los engaños de esta clase, que tan á menudo causa voluntariamente el necio.

Resolvió, pues, como se dijo, esperarlo y seguir juntos para la cárcel, deseando ser el primero que daba á su amigo la agradable noticia de su libertad, y esperando ennoblecer la acción de ir asociado de tal defensor, con el convencimiento de que ella era un sacrificio á la amistad que la legitimaba suficientemente.

Mientras iban para la cárcel, Monterilla comunicó á don Juan que aquel papel era en efecto la orden de libertad para su cliente; refiriéndole además el sistema de defensa que había adoptado y en cuya virtud lo logró, suponiéndose amigo de don Alejo, á quien ni siquiera conocía, pues solo había oído hablar de él á un estudiante, cuando se trataba en el altozano del arresto del hijo.

Monterilla reía mucho de este ardid que don Juan oía con justo desabrimiento, considerándolo como una burla hecha á dos hombres de bien, y como un ultraje irrogado á la inocencia.

Ambos se presentaron á Santiago: Monterilla muy ufano; y don Juan muy displicente á pesar del gusto de ver que su amigo estaba ya en libertad, y no tenían necesidad de mezclarse mas en esta clase de asuntos que tanto tiempo útil les habían quitado.

— Puede Vd. salir de su prisión, dijo Monterilla á Santiago, dándole la boleta: ya está defendido y á toda su satisfacción y la causa ha concluido enteramente respecto de Vd. He cumplido, pues, mi palabra, en los mismos términos en que la empuñé, y espero que usted será agradecido, me considerará como amigo y en toda vez que se me ofrezca podré contar con sus servicios, así como Vd. puede contar con los míos y vivir seguro de que siempre que me ocupe estaré á su disposición.

— ¡Gracias! repuso Santiago.

— El servicio que acabo de prestarle, siguió Monterilla, vale mucho mas de lo que por él he recibido; pues ustedes no deben dudar un momento de que el asunto iba poniéndose muy delicado, y si yo no me hubiera hecho cargo de él, seguro es que nadie habría podido darle una evasión pronta y feliz. Y debe agradecerse mi eficacia, tanto mas, cuanto que actualmente estoy muy ocupado, y solo por ser al señor don Santiago á quien iba á favorecer, he podido distraerme de otros asuntos muy graves.

— Mucho agradecería yo, le dijo Santiago, el servicio que me pondera, si me le hubiera prestado con la exactitud que me ofreció y que yo esperaba. Pero lejos de eso, Vd. me ha hecho pasar en la cárcel veinte y cuatro horas de mas, pudiendo haberme evitado esa incomodidad y el grave perjuicio que por ello han sufrido mis intereses; pues le aseguro con toda verdad que estos han sido cabalmente para mí los días de mi vida en que mas que en ningún otro tiempo me habría convenido la libertad. Así que por tanto, soy de parecer que Vd. ha perdido completamente el derecho á la gratitud que reclama.

— No me sorprende eso, señor don Santiago, dijo Monterilla con desden; porque siempre tenemos los prácticos la desgracia de proteger ingratos.

— Por lo menos en cuanto á mí, señor Monterilla, eso es demasiado cierto; porque soy muy ingrato respecto de los servicios que paga mi dinero, y mi gratitud es tan noble, que cuando ella está en mi bolsillo, no queda nada en mi corazón.

— Es verdad que Vd. ha pagado el servicio que le he hecho; pero ya dije que vale mucho mas de lo que he recibido; y yo creía que ese déficit sería compensado con la gratitud de parte suya.

— En el servicio de Vd. ha habido también un déficit de tiempo, por lo menos de veinte y cuatro horas; y ese déficit con nada puede compensarse.

— Pero ha sido involuntario.

— Sea lo que fuere, yo no quiero agradecer nada, pues primero convendría en pagar algo mas á Vd. que cargar con una deuda semejante.

— ¡Bien! Yo no llevaría eso muy á mal...

— Pero yo sí, señor Monterilla; y tanto mas, cuanto que Vd., como he dicho, me ha tenido un día entero en la cárcel estando inocente; y ese día penoso que pudo evitarme si hubiera querido, es mas bien un mal del que tengo derecho para quejarme contra Vd., que un servicio por el que debiera pagarle algo mas.

— Pero ya he pedido á Vd. me disimule esta falta, en atención á que ayer ha sido para mí un día muy ocupado.

— Queda Vd. disimulado, y con esto parece que estamos en paz.

Don Juan recordó por las últimas palabras de Monterilla, el suceso de las cartas; y como deseaba saber qué efecto le había causado la del doctor Témis y en qué estado se encontraban esas cosas, aunque temeroso de incurrir en una indiscreción vituperable, le fué imposible prescindir de su curiosidad, esperando le fuese útil en aquel caso, y juzgándola legítima por esa razón. Así fué que siguiendo la conversacion con Monterilla, le dijo:

— Yo supuse que efectivamente Vd. habría estado muy ocupado, porque sé que está hecho cargo de la defensa del Mordedor, según lo decía cierta carta que usted dirigió á Emilio.

— Exactamente, dijo muy serio Monterilla; y aunque yo podía extrañar que Vd. supiera algo acerca de ese asunto, no me admiro de ello, porque hay algunas personas de quienes no debe uno fiarse, y cosas que si el interesado no puede hacer por sí mismo, nunca logrará que salgan bien.

— Sobre esto no hay, sin embargo, nada de particular, repuso don Juan con tono que indicaba desear ya quedase la conversacion en ese estado. Todo está reducido á que yo me hallaba casualmente en casa del señor Osman cuando llegaron con la carta.

— En eso consistió el mal, siguió Monterilla: en haberse ido á dar una carta secreta, en presencia de otras personas. Así lo he inferido desde que recibí la contestacion; mas ya esa portadora atolondrada sufrirá el merecido castigo, si es que no lo ha recibido todavía. Ella no sabe lo que es la persona á quien ha perjudicado, pues á decir verdad, nos ha causado un perjuicio enorme con su indiscreción.

— Eso he creído yo desde el principio, dijo don Juan sonriendo.

— Sin embargo, no quiero decir, añadió Monterilla reprimiendo la cólera, que las cosas no tengan remedio: eso no, pues basta haber descubierto ya todo lo ocurrido, para que me burle de esas loas de un abogado presuntuoso, y de esas palabras que en sí no valen gran cosa.

— Con todo, dijo don Juan: parece que efectivamente está decidido Emilio á no prestar á Vd. por ningún motivo la ayuda que se quiere de él en defensa del Mordedor.

— ¿Dice Vd. que no la prestará? replicó Monterilla empezando á revelar su rabia. Allá veremos, añadió con una sonrisa afectada, y en tanto que Santiago se asomaba al balcón, porque ya empezaba á oírse á lo lejos el eco del canto y la música de la procesion. Ya verá usted á Emilio, continuó Monterilla; ya lo verá abatido y cobarde, buscándome solícito y lleno de humildad, para tener el gusto de hablar conmigo, poseído de profundo respeto, porque yo así lo querré. Me buscará, repitió orgulloso dándose en el pecho con la mano abierta dos ó tres golpes. Sí, señor, me buscará y yo lo excusaré: me hallará al fin, me agradecerá el que le sea accesible, y entonces lo despreciaré tratándole como á un doméstico indigno de mi atención. Me rogará todavía, y si tiene querida hermosa, la interpondrá para conmigo; que entonces por bondad me prestaré á escucharlo, para ponerlo por último bajo mis plantas. Despues que lo haya pisado le mandaré levantarse para que obedeciendo mi direccion, haga la defensa del Mordedor como su mas digno agente, como su personero, no como su abogado: como un procurador á quien gobernaré y daré lo que yo escriba para que lo firme, pues no dejaré figurar mi nombre en una defensa que sabré hacer mas odiosa todavía de lo que el cándido Emilio finge creer hasta ahora. Y advierta Vd., continuó, viendo que don Juan se reía, que digo todo esto, no porque me olvide de que es un parcial de Emilio quien me está oyendo, sino porque tengo tanta seguridad en mis planes, que lejos de temer me sean desconcertados, anhelo porque mi objeto llegue á su noticia: tal confianza tengo de poder burlarme de ese Emilio que tanto se atreve á despreciarme, y de llegar á humillarle su altivez haciéndolo respecto de ese Monterilla á quien llamándolo tinterillo mira tan en poco, nada menos que una especie de practicante; un aprendiz del oficio. Haré también de él acerca de esa sociedad lucida de que vive tan ufano, nada menos que un infame, no por leguleyo... no, don Juan: mi poder sobre ese jóven va á ser mas grande, y puedo convertirlo si quiero, hasta en un famoso ladrón. Ese jóven: ese doctor Témis, redactor de la carta, no saben con quién se han metido. Monterilla les ha jurado y declarado la guerra, y Monterilla tiene armas, sabe lidiar y nunca declara el combate sino cuando tiene evidencia de vencer. Ya ve Vd. que no ando con misterios: obro á cara descubierta y francamente; revéleles Vd. todo esto; que se defiendan como puedan y no me acusen de alevosía ni de traicion... ¡El doctor Témis! ¡Bah! yo me río de esos hombronazos que nada son sino por su orgullo y su arrogancia. ¿Qué puede hacer conmigo el doctor Témis?

Que revele sus planes como revelo yo los míos. ¿Y Emilio? ¿qué es ese jóven sin la proteccion del doctor Témis? Abandónele este un momento y se le verá descender á besarme el pié, si se lo mando, como tengo de mandárselo... Mas ¡qué digo, si el doctor Témis lo abandona! Aunque no lo abandone... mas todavía: el mismo doctor Témis besará humilde el pié de Monterilla. ¡Ah! ¡no sabré yo lo que hago! Si el doctor Témis y Emilio Calteví no se humillan ante Monterilla y besan el polvo en su respeto, autorizo á cualquiera para que haga en mí impunemente el ultraje que á bien tenga. No digo esto con furor, prosiguió, viendo que don Juan parecía molestarse; no, señor; estoy tranquilo, y con toda tranquilidad y madurez le anuncio á Vd. que el doctor Témis abandonará á Emilio. Téngalo Vd. presente, y recuérdesele siempre por el eco solemne de esa música que se acerca. Digo mas: Emilio será perseguido por él, porque querré que lo persiga, mas bien que yo: es este un cargo que le voy á imponer á ese abogado y que él tendrá que obedecer. Y cuando Emilio sumiso y respetuoso me haya buscado; cuando ya esté despreciado por mí, abandonado del doctor Témis, é infamado por la sociedad; ó si no cuando haya defendido al Mordedor bajo mi dependencia, y á virtud de sus esfuerzos ese reo se pasee victorioso por las calles, entonces yo lo perdonaré; y si llegase á rehusarse... ¡Ah! Que desafie para entonces la muerte y la desgracia, enhorabuena: nosotros tenemos además algo que echarles á la cara y que los rendirá como perros al amo que los castiga: que lo desafíen todo, que no se burlarán por eso ni de mi astucia, ni de mis intereses, ni de mi venganza. Y cuando estén espirantes y vomitando la vida, entonces pedirán perdón; Monterilla se reirá; ellos lo maldecirán, pero él continuará mofándose de la maldición.

Muy disgustado oyó don Juan estas terribles palabras de Monterilla, y hasta llegó á creer que era una vileza haber atendido tal conjunto de amenazas criminales dirigidas contra dos de sus amigos mas acreedores al respeto y á la veneracion, y proferidas por la boca de un hombre que revelaba tan á las claras estar íntimamente familiarizado con toda clase de delitos, y cuya diabólica faz, al articular esos formidables juramentos de tan abundante sentido, dejaba ver sin disfraz toda la perversidad de un malvado, en cuyo gesto se mostró tantas veces, durante aquellas blasfemias, la actitud que en la imaginacion de don Juan tomarian los músculos de la cara de un asesino cuando siente resbalar el puñal entre el corazon de su víctima.

Así, poniendo término á esa odiosa conversacion, se acercó á Santiago invitándolo á que saliesen.

Entonces se despidió Monterilla recordando á su defendido que le debia la libertad y que podia salir cuando lo tuviese á bien.

Santiago, sin embargo, se quedó todavía algunos instantes en el balcon: mientras tanto don Juan se paseaba.

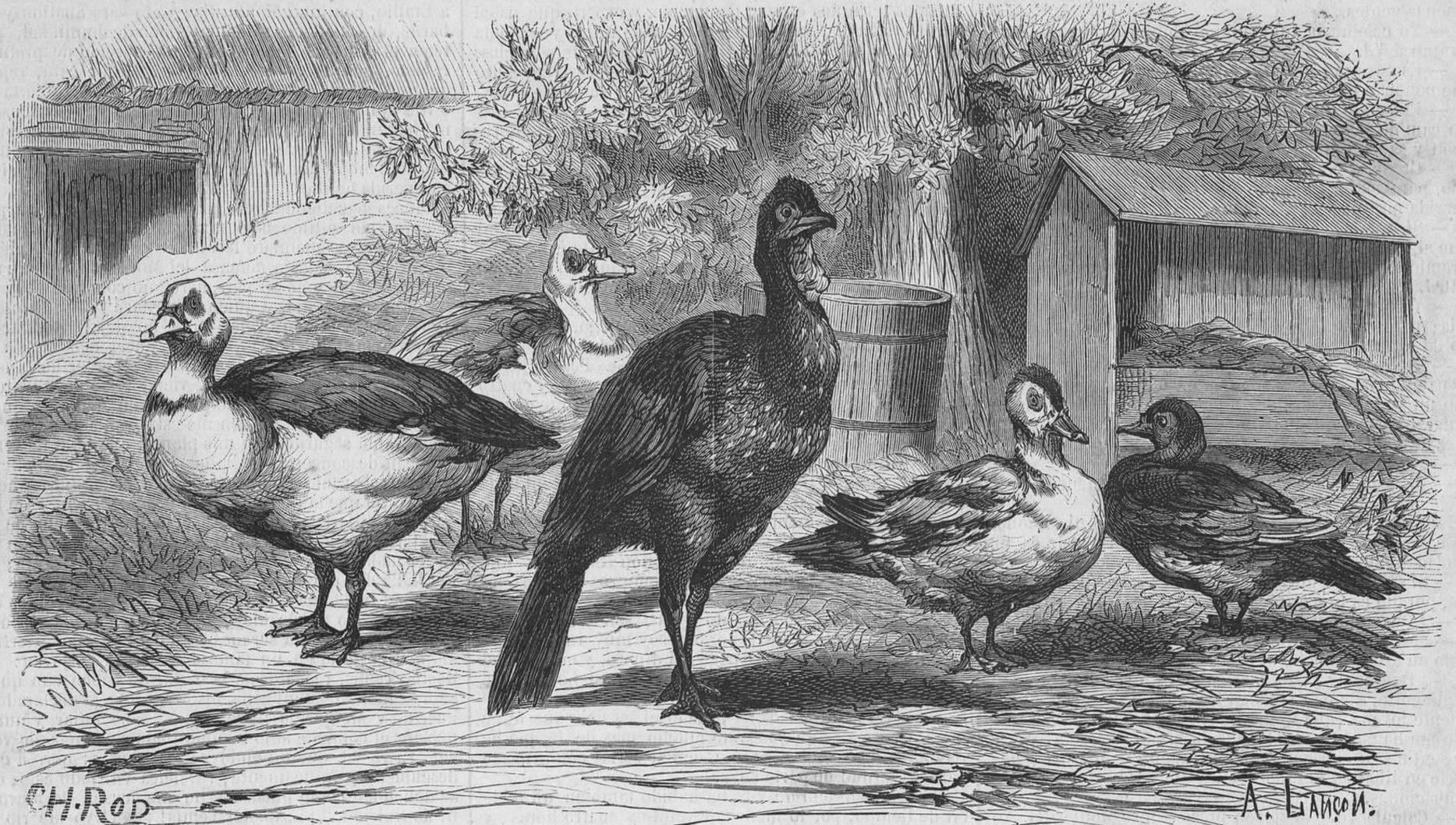
— ¡Cuántos riegos, decia entre sí, se preparan á mis dos amigos! Monterilla como un genio maléfico vuela sobre ellos cubriéndolos con una sombra aciaga y letal.

¿Qué combate puede ser este, en que de una parte amenazan el artificio, el fraude, la traicion, la bajeza y aun el puñal; y de la otra no hay ni puede haber mas que honor y virtudes? La ciencia y el talento ¿qué pueden contra la maña... contra el asesinato? Con cuánta ligereza procedió tal vez el doctor Témis, cuando á nombre de un jóven sencillez é inexperto, arriesgó una provocacion formidable, desafió una vibora sutil y maligna de que acaso no pueden defenderse. El doctor Témis y Emilio son muy pocos contra una coligacion de perversos, pues Monterilla cuenta con muchos, segun se ha dejado comprender. ¿Qué confianza puede tener el doctor Témis solo con Emilio entre tantos malvados que para lograr la impunidad de sus crímenes no necesitan quizá sino cometer otros nuevos? ¿No es esto lo que acaba de revelarme Monterilla mismo? Sin rebozo, sin misterio; con el mayor descaro me habló: hay una franqueza espantosa en cuanto al objeto que acaba de descubrirme, pero hay tambien un misterio horrible en cuanto á los medios que bien se cuidó de ocultarme. El objeto se cree seguro; los medios deben, pues, ser infalibles. El astuto y audaz Monterilla ha jurado ahora mismo, delante de mí, humillar y envilecer los dos hombres mas honrados y mas nobles. ¿El doctor Témis y Emilio besarán el pié del mas despreciable, del mas

inmundo de los perversos? Monterilla ha jurado el exterminio de ambos, y aunque no sea por respeto al juramento, sino por la venganza que lo dictó, el malvado sabrá cumplirlo. ¡Infeliz Emilio! ¿Qué va á ser de tí? Cuando está meciéndote la ilusion mas encantadora de tu vida, la amenaza de un malvado te despertará. Cuando tu imaginacion de niño solo se ocupa en retratar el rostro de una mujer ¿podrás analizar bien los artificios de que se valdrá ese criminal para perderte? ¿Podrás sufrir, por último, que te mire con desprecio la cara torva de ese malvado? No: nunca. Aunque tal indignidad suceda, valdria mas que... murieses. Pero ¿qué puede hacer Monterilla? ¿con qué puede combatir? ¡Oh! Eso es imposible. Sí: yo debo desengañarme: todo no es mas que la habladeria de un charlatan despreciable á quien no debe temerse, y yo soy un necio al ocuparme seriamente de su infernal discurso...

Entonces resolviendo ir á buscar al doctor Témis y á Emilio para referirles lo que acababa de oír, llamó á Santiago y lo invitó á que saliesen al momento.

— Sí, contestó este quitándose del balcon, pues se acercaba ya mucho el concurso de la procesion que él estaba aguardando se aproximase lo bastante, para que cuantos lo veian ó habian visto en la cárcel, notasen que salia como libre: Sí, señor, repitió, vámonos, pues



Ganso de Egipto.

Penélope.

Anade de la Carolina.

NUEVAS ADQUISICIONES DEL JARDIN DE ACLIMATACION DE PARIS.

## Nuevas adquisiciones

DEL JARDIN DE ACLIMATACION DE PARIS.

Ganso de Egipto, Penélope y ánade de la Carolina.

Continuamos la publicacion de las noticias que hemos prometido consagrar á las nuevas adquisiciones de animales que enriquecen el Jardin de aclimatacion. El dibujo de esta página contiene tres nuevos volátiles, á saber: el ganso de Egipto, la Penélope y el ánade de la Carolina.

El ganso de Egipto, ó ganso armado, se encuentra en toda Africa y abunda en las tierras que inunda el Nilo.

Algunos individuos aislados de esta raza penetran hasta Francia.

El ganso armado tiene en el pliegue del ala un pequeño espolon, del que proviene su nombre.

Se cria muy bien en el estado doméstico y su carne es exquisita.

La Penélope, exclusivamente propia de las regiones intertropicales y templadas de América, puede considerarse como representante del faisán en el nuevo mundo.

Vive en pequeñas familias en los bosques y malezas, y se posa en las ramas mas bajas de los árboles. Durante el día se esconde y sale por tarde y mañana para ir á buscar á orillas de los bosques su alimento, que consiste en granos, frutas y vástagos tiernos de árboles. Cuando anda lleva la cabeza un poco baja y la abre á cada movimiento. Su vuelo es ruidoso, bajo y de corta extension: su carne delicadísima se asemeja mucho á la del faisán. Se cria muy fácilmente al estado doméstico.

El ánade de la Carolina (*Summer Duck* de los ingleses, *Anas Sponsa* de Lineo), una de las mas bonitas aves acuáticas que pueden verse, es precioso por la elegancia de su plumaje. Oriundo de la América setentrional, se encuentra en el verano en las latitudes mas glaciales, y por el invierno emigra al Sur, á las Antillas y aun á Méjico.

Adorna su cabeza una cresta violeta; sus alas tienen los reflejos del acero bruñido; su iris es rojo anaranjado, su cuello tiene un collar blanco, y su pecho de color de castaña está sembrado de estrellitas blancas.

El ánade de la Carolina busca las orillas de los rios y de los pantanos; pero rara vez se le encuentra cerca del mar. Es solitario, monogamo y nunca anda en cuadrilla. Se alimenta con bellotas, avena silvestre é insectos.

C. P.

es preciso ahora mismo disponer sea satisfecha la sociedad de algun modo acerca de mi injusta prision, y borrada toda injusta sospecha que ella pudiera recaer sobre mi honra.

— Y bien, dijo don Juan saliendo con Santiago ¿Cómo quiere Vd. satisfacer á la sociedad en este caso?

— Del modo mas sencillo y eficaz, contestó Santiago: publicando la sentencia que me ha vuelto la libertad.

Don Juan sonrió con aire de desprecio; y con el notable disgusto que tenia, refirió á su amigo el género de defensa hecho por Monterilla. Santiago entonces lleno de enojo exclamó:

— ¡Bien justo es eso, y yo lo merezco así, pues sabia que tal agente no podia ser el digno defensor de un hombre honrado! El me ha abierto las puertas de la cárcel, es verdad; pero no me ha defendido, pues no ha salvado mi honor. Si la sociedad se informase de esto; si preguntara por la causa y la defensa ¿no seria mas afrentosa tal defensa que la causa misma? Mi libertad tiene que pasar hoy por un misterio; eso es lo que de mi inocencia ha hecho aquel leguleyo; y hé aquí el servicio que el insolente me enrostraba y por el cual reclamaba gratitud.

(Se continuará.)